

UNIV. OF ARIZONA

862.59 M35i

mn

Marquina, Eduardo/La vida es mas; comedi



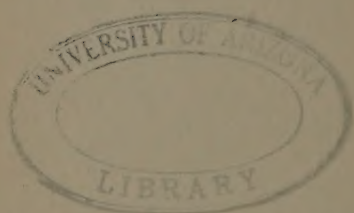
3 9001 03977 0287











Eduardo Marquina

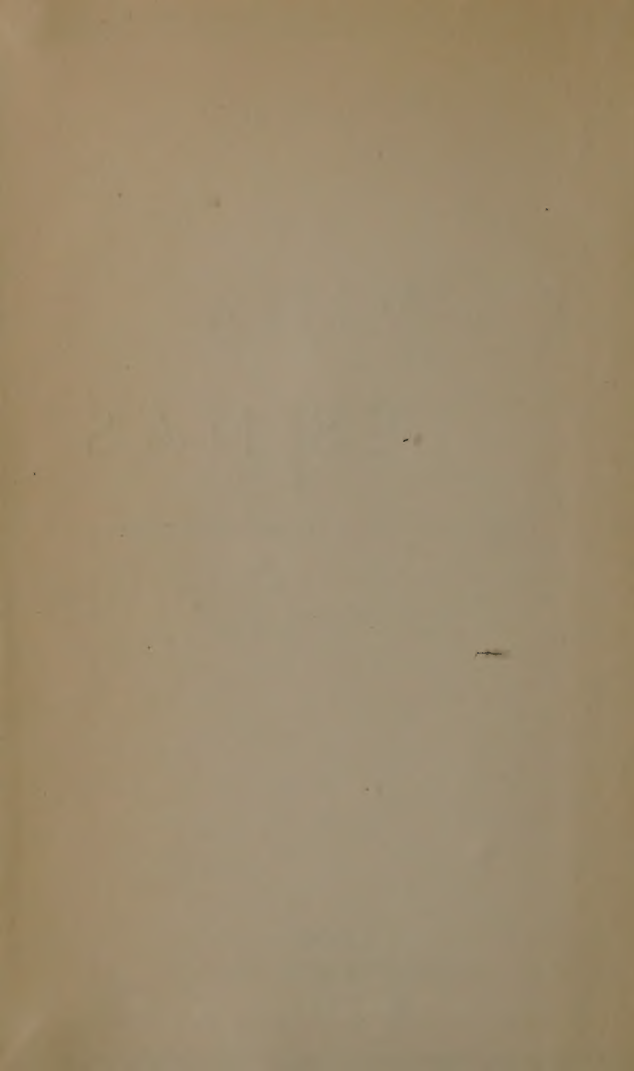
# LA VIDA ES MÁS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

MADRID  
EDITORIAL REUS (S. A.)

3036

5 1928





BIBLIOTECA LITERARIA  
DE  
AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

---

VOLUMEN XV

# OBRAS DE EDUARDO MARQUINA

## POESÍAS

Peetas

<i>Odas.</i> (Agotada).	»
<i>Elegías.</i> (Segunda edición, popular).	1
<i>Vendimión.</i> (Agotándose).	3,50
<i>Tierras de España.</i>	3,50
<i>La Poesía de San Francisco de Asís.</i>	4

## TEATRO

<i>El Pastor.</i> (Poema dramático, en verso; agotada)	»
<i>Benvenuto Cellini.</i> (Biografía dramática, en prosa).	2
<i>Rincón de Montaña.</i> (Drama rural, en cuatro actos, agotada).	»
<i>Las Hijas del Cid.</i> (Premio de la Real Academia Española).	
En verso, segunda edición	3,50
<i>Doña María la Brava.</i> (En verso, tercera edición)	3,50
<i>En Flandes se ha puesto el sol.</i> (Premio de la Real Academia Española). Quinta edición	5
<i>La Alcaldesa de Pastrana.</i> (Primera parte de la Trilogía <i>Teresa de Jesús.</i> ) En verso; agotada	»
<i>Cuando florezcan los rosales.</i> (Comedia sentimental, en tres actos, en prosa; segunda edición).	4
<i>Por los pecados del Rey.</i> (Drama en verso)	3,50
<i>La Hiedra.</i> (Tragedia vulgar, en prosa)	3,50
<i>El Retablo de Agrellano.</i> (Drama religioso-fantástico, en verso)	3,50
<i>Las flores de Aragón.</i> (Comedia histórica, en verso)	3,50
<i>Una mujer.</i> (Comedia sentimental, en prosa, edición popular).	2
<i>El Gran Capitán.</i> (Leyenda de amor caballeresco, agotándose)	3,50
<i>La Morisca.</i> (Balada en verso, para el drama lírico de J. Pahissa)	2
<i>Altmaña.</i> (Drama en prosa).— <i>La princesa juega.</i>	3,50
<i>El pavo real.</i> (Comedia poética en tres actos y en verso).	5
<i>Una noche en Venecia.</i> (Poema dramático, en cuatro actos).	5
<i>El pobrecito carpintero.</i> (Premio de la Real Academia Española). (Cuento de pueblo en cuatro actos y en verso).	5
<i>Don Luís Mejía.</i> (Drama en verso, en colaboración con A. Hernández Catá).	5
<i>Fruto bendito.</i> (Comedia dramática, en verso).	5
<i>La ermita, la fuente y el río.</i> (Premio Piquer de la Real Academia Española, 1928). (Drama en tres actos, en verso).	5
<i>La vida es más.</i> (Comedia en tres actos y en verso).	5

## OBRAS NUEVAS EN PRENSA

<i>Recogimiento.</i> (Versos)	»
<i>Teresa de Jesús.</i> (Trilogía).	»

Para la adquisición de cualquiera de estas obras, diríjanse los pedidos a  
**EDITORIAL REUS (S. A.) - PRECIADOS 6**  
 concesionarios exclusivos del autor.

LA VIDA ES MÁS



EDUARDO MARQUINA

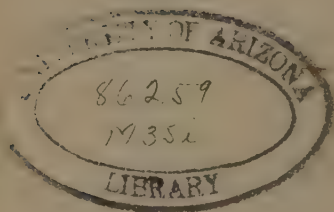
LA VIDA  
ES MÁS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO



EDITORIAL REUS (S. A.)  
MADRID  
1928

COPYRIGHT BY  
EDUARDO MARQUINA, 1928



---

Talleres Tipográficos de la «Editorial Reus» (S. A.)  
Ronda de Atocha, 15 dup. (2.629)

# ACTO PRIMERO

Se figura en la escena el patio, con aire y atavío de *hall* a la moderna, de la casa de Don FERNANDO DE OLIVAR, en Sevilla.

Para el juego escénico, son indispensables: a la izquierda, dos puertas; a la derecha, otra puerta y arranque de escalera, que lleva a las habitaciones de Don FERNANDO. Cancela, al fondo, abriendo sobre un zaguán, en uno de cuyos lados, invisible para el espectador, estará la puerta que da a la calle. En algún sitio, bajo los arcos, y entre otros muebles, un viejo tríptico o una talla, a cuyos pies la devoción de ROSINA improvisó una especie de altarcito.

Toda la decoración del patio revelará el tren de vida de gentes que, sobre el fondo tradicional y propio de la región donde nacieron, se han puesto a tono con el del tiempo en que viven. Buen gusto, sobriedad, un valor de arte en todos los detalles.

*Al levantarse el telón estarán en escena  
ADELAIDA y REFUGIO.*

ADELAIDA, más elegante y al día; REFUGIO, por dejos y resabios de una vida de reclusión y alejamiento, tendrá un aire pueblerino.

ADELAIDA, junto a una mesa, va colocando, en un pequeño saquito de viaje inglés, pequeños retratos, objetos de devoción y otras chucherías de su uso, que cuidadosamente envuelve en finos papeles.

*La ayuda REFUGIO, y la observa.*

REFUGIO

—Pero tú... ¿por qué te vas?

ADELAIDA

Yo me entiendo—

*Baja, por la escalerilla, JAVIER, muchacho joven, secretario de D. FERNANDO. Se dirige, andando, discretamente, sin ruido, hacia la cancela; pero ADELAIDA le ha visto. Interrumpiéndose, le pregunta:*

—¿Qué, Javier?

JAVIER

*Deteniéndose, respetuoso*

Aún duerme. No pude hacer su encargo.

ADELAIDA

Luego lo harás.

JAVIER

*Asintiendo*

Si a usted le parece...



ADELAIDA

Sí.

JAVIER

Voy, entretanto, a un mandado.

ADELAIDA

No te alejes demasiado,  
a esta hora...

JAVIER

Es cerca de aquí.

La señorita Rosina  
me lo ha dicho.—

ADELAIDA

Entonces, ve.

*JAVIER sale por la cancela del fondo*

REFUGIO

Jurara, no sé por qué  
que el secretario adivina  
y hasta siente lo que os pasa...  
Y eso que él nunca hace extremos;  
es serio.

ADELAIDA

Aquí, le queremos  
todos como a uno de casa.

REFUGIO

¿De dónde os salió?

ADELAIDA

Mujer...  
hijo de Herrera, el Soriano,  
que debiste conocer  
por fuerza. Sirvió a tu hermano  
de soltero; y tú vivías  
con él...

REFUGIO

Sí... ¿De modo que  
hijo de Herrera?... Ya sé...,  
¡pues no habrán pasado días  
desde entonces!

ADELAIDA

Todo pasa,  
Refugio. Cuando casamos  
tu hermano y yo, renovamos

de arriba abajo la casa.  
 Pero, del niño de Herrera,  
 nos dió lástima... Tendría  
 seis años, entonces; y era  
 un angelote que abría  
 dos ojos así... Fernando  
 se le aficionó. Ha salido  
 bueno, ha estudiado, ha cumplido  
 como el que más. Y ahora, cuando,  
 con lo que sabe, podría  
 abrirse camino fuera  
 de casa y hacer carrera  
 solito, no dejaría  
 por nada a Fernando; es fiel;  
 —tenlo en cuenta—y si, yo ausente,  
 se te subleva la gente  
 de casa, apóyate en él.

REFUGIO

Tu ausencia no será larga;  
 me figuro...

ADELAIDA

¡Larga o no,  
 si estás tú en mi sitio!

REFUGIO

Yo  
no sirvo para esa carga.  
Todo el mundo me ha hecho andar  
siempre por donde ha querido;  
y, ya vieja, hasta he perdido  
la costumbre de mandar.  
Cuanto más en casa ajena...

ADELAIDA

*Rápidamente*

¡La de tus hermanos!—

REFUGIO

Sí...

ADELAIDA

Pues, no digas: me da pena,  
Refugio, que hables así.

REFUGIO

Quédate, y no hablaré más.  
Pero si a mí me da miedo  
tu viaje, no te lo puedo  
esconder... —¿por qué te vas?

ADELAIDA

Porque acompaño a Rosina  
hasta París... tú imagina,  
¡sola no se va a marchar!...

REFUGIO

Sola se habrá de quedar  
si profesa de isoldina...

ADELAIDA

¡Veremos!—Es menester  
que tenga vocación—¡pero  
si aún no lo sabe! Ha de hacer  
los Ejercicios, primero.

REFUGIO

Pues, hija, yo en tu lugar,  
ya que Rosina es así,  
no la había de privar  
de hacerse santa por mí;  
pero no iba a compartir  
con ella, los sacrificios;  
para hacer los Ejercicios  
no es necesario salir  
de Sevilla; la distancia

nada le añade al buen celo:  
¿o es que sólo se va al Cielo,  
por el camino de Francia?

ADELAIDA

No es eso: allá se educó,  
siendo niña; allá apuntó  
su vocación y, al querer  
comprobarla, y resolver,  
allá tiende...

REFUGIO

A mí, eso no  
se me acaba de cocer.  
Repito que, en tu lugar,  
procuraría evitar  
el viaje. Vale la pena...  
Tú háblale como ha de hablar  
una madre a su hija buena;  
y ella que sabe pensar,  
permanecerá en Sevilla  
y hasta en casa, si me apuras.  
Con la fe por lamparilla  
las almas hacen capilla  
devota, de un cuarto a oscuras,  
¡no faltaba más!

ADELAIDA

Ya sé.

REFUGIO

Pues, entonces...

ADELAIDA

Y eso hiciera,  
si alguien me lo agradeciera;  
pero, cuando no hay de qué...

REFUGIO

¿Que no hay de qué? Para dar  
satisfacción a un capricho  
de la hija que, ya te he dicho,  
lo mismo puede rezar  
a Dios, en Francia que aquí,  
te vas, dejando a un marido  
que es como es, desatendido,  
sin paz, sin casa y sin ti:  
pues te expones a la ruina  
de tu dicha.

ADELAIDA

No, mujer:

ya poco puedo perder;  
no tengo más que a Rosina...

*Viene, por la lateral izquierda, modosi-  
ta, fina, con aire de preocupación,  
ROSINA Olivar.*

ROSINA

Tita Refugio...

REFUGIO

¿Qué quieres, -

Rosina?

ROSINA

¿Estará en su cuarto,

la Juana?

ADELAIDA

Dí, «la primita»...

REFUGIO

¡Da lo mismo!

ADELAIDA

Así acordamos



que llamaría a tu ahijada.

A ROSINA.

Llámalas así —¿cuesta tanto?

ROSINA

No me puedo acostumbrar...

ADELAIDA

Pues tiempo ha habido, en un año.

REFUGIO

Pero a Rosina que sabe  
que ese parentesco es falso,  
como para monja, monjas  
desde niña la educaron,  
le repugnará mentir...  
—tú, dí, Juana.

ROSINA

¿Está en su cuarto?

REFUGIO

No sé dónde está.

ROSINA

Muy bien.

Pues, a lo mejor charlando  
como, a cada dos por tres,  
con Javier, el secretario...  
Le quita de trabajar...

REFUGIO

Así descansa el muchacho.

ROSINA

O con mi padre...

ADELAIDA

No creo.

Duerme, a estas horas, Fernando.

REFUGIO

Habrá salido.

ROSINA

¿Entra y sale  
de casa, a su antojo?—Es raro.

REFUGIO

Se remediará; vivíamos,  
en la aldea, a lo aldeano;  
no sabes tú lo que es eso;  
no tiene puertas el campo.

ROSINA

¡Pero, en Sevilla!

ADELAIDA

En Sevilla,  
tiene razón. Se hace extraño  
que una muchacha no de  
cuenta y razón de sus pasos  
a nadie...

ROSINA

Si quiera a usted...

REFUGIO

Ya se atenderá el mandato,  
madre Abadesa.—

ROSINA

No es eso;  
pero...

REFUGIO

¡Sí, hijita!

ADELAIDA

¡Ya estamos  
discutiendo, como siempre!

REFUGIO

Por lo de siempre: da espanto  
la perversión de mi Juana.

ROSINA

¿Pero... es de usted?

REFUGIO

Si la guardo  
conmigo, desde chiquilla,  
aunque no la haya criado  
a mis pechos, ¿va a ser de otros?

ROSINA

¿Por qué la quiere usted tanto?

REFUGIO

¿No es hija de Dios, Rosina?

ROSINA

También Eva... y así estamos.

REFUGIO

¿Por qué la quieres tan poco?

ADELAIDA

¿Acabaréis de picaros  
las crestas?...

ROSINA

Tendrá su historia...

REFUGIO

Ya está la monjita, al tanto  
del salpiqueo de lodo  
que puede manchar sus hábitos,  
para el remilgo devoto  
y el «¡Válgame Dios, qué escándalo!...»  
Pues, esta vez, te equivocas:  
ni pasiones, ni pecados;  
no tiene historia mi Juana;  
¡yaves tú!

ADELAIDA

No le hagas caso.

REFUGIO

Pero yo, sí, tengo historia;  
 la de haber sufrido tanto  
 sin un cariño en el mundo,  
 desde que nos separamos  
 tu padre y yo, la mañana  
 de sus bodas que, pensando  
 morirme de soledad,  
 dije un día: «¡de hoy, no paso!»  
 Logré que me confiaran,  
 a fuerza de sobornarlos,  
 su hijita recién nacida  
 unos parientes lejanos;  
 —dos que les nacieron antes  
 eran ya mucho trabajo  
 para los pobres; vivían  
 en la aldea, de milagro—,  
 y así entró en casa mi Juana  
 y así las dos congeniamos.  
 Sus padres se le murieron,  
 sus hermanas la olvidaron  
 y ella y yo fuímos haciéndonos  
 tan una de otra, en el trato,  
 que yo, que empecé cuidándola,  
 hoy vivo de sus cuidados.

Resabiada de aire libre  
 puede estar y es... eso: un gajo  
 de limón fresco y agrillo;  
 pero, por lo mismo, sano.  
 Como en el pueblo aprendía  
 la lección de los regatos  
 que campan por sus respetos  
 y la doctrina del árbol  
 que, floreciendo en Abril,  
 echa la cabeza a pájaros,  
 pensé en educarla; había  
 que enderezarle los pasos,  
 y, para bien de sus pies,  
 sentarle un poco la mano.  
 Su padre, medio coplero,  
 medio músico, hizo estragos  
 escribiendo en los papeles;  
 y se conoce que el grano  
 de la simiente paterna,  
 con el buen cuido, espigando,  
 rebrotaría en la hijita  
 por poco que la dejáramos.  
 Dios nos libre; murió el padre  
 de afanes de visionario;  
 y me espanta, para Juana,  
 la misma suerte; no hay barco  
 que solo con velas, ande;

¡si ha de navegar; lastrarlo!  
Y a eso vine aquí...

ADELAIDA

Después,  
que te habías olvidado  
de nosotros...

REFUGIO

Sí. No quise,  
cuando se casó mi hermano,  
solterona, y vieja y pobre,  
ser un estorbo a su lado.  
Testigo tu buena madre,  
que estuvo, de muestra, el cuarto  
de Tita Refugio, en casa,  
esperándome veinte años,  
sin que valieran convites,  
ni aprovecharan recados;  
yo, nada; ellos, mucho... ¿a qué  
barajar sedas y trapos?

ADELAIDA

¿Quieres callarte, Refugio?



REFUGIO

Si es verdad, ¿por qué callarlo?

A ROSINA.

Ya ves. Y lo que no quise  
para mí, entonces, me allano  
para Juana, y por su bien,  
casi a pedirlo llorando.  
Ya estoy en Sevilla, y ya  
tiene huéspedes mi cuarto.  
Pero, a veces, me arrepiento;  
la verdad...

ADELAIDA

¿Tú?

REFUGIO

Me hace cargos,  
Rosina...

ROSINA

¿Estás loca?

REFUGIO

No:  
comprendo que te estorbamos.

ROSINA

¿Ustedes... a mí?

REFUGIO

A ti, Juana.

ROSINA

¿Va a estorbarme, si me marchó?

REFUGIO

¿No te marcharás... por eso?

ROSINA

*Muy dolida*

Tita Refugio, no tanto.

*Va a llorar*

Mi casa aún es mía...

*Llora y se abraza a su madrecita para  
que la defienda.*

Hablemos

de otra cosa...

ADELAIDA

A REFUGIO

¿Ves tú...? Vamos,  
tranquilízate, chiquilla...  
¿Te hacen llorar?

ROSINA

No...

ADELAIDA

Sí, encanto.

REFUGIO

Si tú se lo dices...

ADELAIDA

Tú,  
mujer, la has puesto en el caso  
de llorar con tus palabras;  
que eres hasta injusta, cuando  
se trata de Juana...

REFUGIO

*Picada*

Bien...

Ya que tú lo dices...

ADELAIDA

¡Claro!

Lo digo porque es verdad,  
Refugio. No nos queramos  
engañar. Ya ves que, a mí,  
no me importa, al fin y al cabo  
que sea o no la chiquilla;  
pero, hija, es que tú, empezando  
con ella, no acabarías.

Y que talento, y que garbo  
para todo, y que su padre,  
y ¡vuelta! ¡Arriba y abajo  
con la niña...! A mí, ya sabes  
que me cayó en gracia, cuando  
llegásteis, y luego más  
con su alegría de pájaro.

Pero comprendo que tiene  
sus defectos; no me exalto  
como tú; sé ver las cosas...

Sobre todo, yo me guardo  
de alabarla a troche y moche;  
no vayan a herir mis labios,  
por ella, a las más modestas  
que ni hacen ruido pisando.

REFUGIO

Saluda, que hablan de ti,  
Rosina...

ADELAIDA

¿Por qué no?

REFUGIO

¡Claro!

Como que va para santa,  
y la estoy martirizando.

ADELAIDA

Pues tal vez sí.

REFUGIO

¡Sin tal vez,  
Adelaida! Si ahora vamos  
a descubrir que no hay ogro  
tan feroz y desalmado  
como la pobre Refugio...

ADELAIDA

También los buenos son malos.

E D U A R D O M A R Q U I N A

---

Ya ves: más buena que el agua...  
Y sale del agua el cuajo  
del granizo que apedrea  
los trigos...

REFUGIO

*Haciendo ademán de salir*

¡Por eso escampo!

ROSINA

¡No se me enfaden...! ¡Y menos  
por mí, tía...! que no valgo  
la pena...

ADELAIDA

*Sonríe*

¿La estás oyendo?  
¡Ven, mujer...!

REFUGIO

¿Para estorbaros...?

ROSINA

Tita Refugio... usted nunca.

No se apure; ya nos vamos  
nosotras dos... Un poquito  
de paciencia: es corto el plazo.  
Una hora, y nos despedimos  
tan amigas, sin escándalo...

REFUGIO

Pero, ¿oyes tú?

ADELAIDA

Si la obligas  
a desbarrar...

ROSINA

No desbarro.

REFUGIO

Si yo te obligo, haces bien;  
¡sigue niña!

ADELAIDA

*A su hija*

¡Basta! Vamos...  
Pídele perdón... y tú

no seas vidriosa. Cuando  
nadie te pincha, no saltes.

ROSINA

Perdone, si la he faltado,  
tita Refugio.

ADELAIDA

¿Ves tú?...

REFUGIO

Sí que lo veo... No os traigo  
más que disgustos en casa.

ROSINA

Baje la voz...

REFUGIO

*Otra vez picada*

Ya me callo.

ROSINA

*Apremiando más*

No es eso. La van a oír...  
Viene gente...



REFUGIO

*decidida, saliendo por la derecha*

¡Ya me marchó!

*Llega, en efecto JAVIER por la cancela. No ve a las personas que están en el patio, pero como las oyó hablar, pesadoso de interrumpirlas, dice.*

JAVIER

*Entrando*

Perdón...

*Y va a salir por la izquierda de segundo término.*

ROSINA

Diga usted, Javier...

JAVIER

*Deteniéndose, volviéndose y viéndola*

¿Qué quiere usted? ¿Me ha llamado?

ROSINA

¿Se le olvidó recoger  
en la tienda mi mandado?

JAVIER

No, señorita Rosina.

ROSINA .

¿Lo trae?

JAVIER

Lo traigo.

*Entrega a ROSINA un paquetito*

ROSINA

*Tomándolo*

Quisiera

probármela...

*Abre el paquete y el estuche que contenía  
y explica a su madre:*

Es la pulsera  
que llevé, de chiquitina.  
Mandé agrandarla; y así,  
pase lo que pase en Francia,  
no se apartarán de mí  
los recuerdos de mi infancia.

L A V I D A E S M A S

---

ADELAIDA

Póntela.

ROSINA

A eso voy.

ADELAIDA

Veamos...

ROSINA

A JAVIER

¿Me ayuda usted?

JAVIER

Sí, señora.

JAVIER *procura cumplir la orden de ROSINA*

ROSINA

Despacito: no vayamos  
a forzarla. ¿Puede?

JAVIER

¡Ahora!

[ 35 ]

ROSINA

Abroche bien... No quisiera  
que se me fuese a perder...

*Estando en esto, aparece por la cancela*  
JUANILLA. *Se detiene y sonríe, malicio*  
*sa, antes de hablar.*

JUANILLA

¡Niña! ¿Con que, de pulsera...?  
¿Por fin, te pidió Javier?

ROSINA

¡Qué dices, Juana!

JUANILLA

Olvidaba  
que es de Dios tu corazón...  
¡Jesús qué profanación!

A JAVIER

¡Pero usted bien se callaba,  
Javier...!

JAVIER

*Sin acoger la broma*

¿Mandan algo más?

ROSINA

No.

JAVIER

¿Puedo marcharme?

ROSINA

Sí.

JUANILLA

Aguarde usted...

*Va otra vez a la cancela y rebusca en el  
zaguán.*

¿Dónde estás,  
mocoso? Tú... ¡ven aquí!

*Aparece un muchachito de pocos años, as-  
trosamente vestido, con un gran ramo  
de claveles que JUANILLA toma, di-  
ciendo:*

¿No es éste un ramo cabal?  
¿Y no arde como si vieras  
un incendio, en un trigal,  
por Junio?, ¿o cómo si hicieras,  
cortando llamas de hogueras,  
flores, de cada retal

que soltasen las tijeras?  
 La mujer que los vendía,  
 me dijo: «En cada clavel,  
 hay un repliegue, alma mía,  
 para un suspirito, que él,  
 pensando en usted, la envía!»—.  
 No tengo él; pero querría  
 tenerlo; y me supo a miel.  
 Pregunto: «¿A cómo los vende?»  
 Me contesta: «A como puedo;  
 pero, en seguida; se entiende».  
 —¿Por qué *en seguida*?—Por miedo:  
 porque usted me los enciende;  
 con que sin ellos me quedo.  
 Mis claveles son de cera  
 para los ojos de usted...  
 ¡por Dios, que se funden!—Era  
 garbosa la cortijera,  
 fina, viva: un junco en pie.  
 —«Voy sin dinero»—apunté—.  
 —No le hace; mi niño espera;  
 páguele usted cuando quiera,  
 y él me trae lo que le dé:  
 ¡síguela niño!». —Así fué  
 su trato y de esta manera;  
 todo, a la sombra, en la acera  
 del compás de San José.

*Ofrece a ROSINA el ramo que, para hablar, habrá dejado en algún mueble.*

Como hoy te vas no quería  
que de mí te separaras  
sin que un recuerdo llevaras,  
porque lo merece el día.  
No es gran cosa; pero así  
como es, me parece a mí  
que mejor no puede ser...

*Dádoselo*

—lo he comprado para tí—

*Al secretario*

—páguele al chico, Javier.

JAVIER

*Desapareciendo con el muchacho por la izquierda*

Ven, chiquillo.

ROSINA

*Por los elavos*

Y gracias...

JUANILLA

Bah,  
no vale la pena —flores—.

ADELAIDA

*Mientras ROSINA deja el ramo en un jarrón*

Si aún llegan frescos allá,  
claveles de olor tendrá  
tu Virgen de los Dolores.

JUANILLA

A ROSINA

¿De modo qué?...

ROSINA

Sí; nos vamos  
hoy mismo...

JUANILLA

¿Y... si no os dejamos?

ROSINA

A nadie le pareció  
mal, hasta ahora.

JUANILLA

Faltamos  
el tío Fernando y yo.  
Que, como él se empeñe, cuesta  
desobedecerle.



ROSINA

Pues  
no se empeñará. Ya ves,  
aún no bajó de la siesta.

JUANILLA

No, porque yo que me cuido  
de despertarle, he venido  
con retraso del paseo...  
Pero, verás...

*Echa a correr hacia la escalera y, de  
pronto, se detiene.*

¡Ahl... Me olvido  
de repartir el correo...

ROSINA

*Entrada*

¿También hoy?

JUANILLA

También, mujer,  
¿qué pasa? ¿es que está vedado?

ROSINA

Javier te lo habrá encargado...

JUANILLA

No me lo encargó Javier.

ROSINA

¿Ah, no?

JUANILLA

Le quité la llave  
del buzón, hace ya más  
de una semana... Y, verás,  
que anda, el pobre, que no sabe  
dónde está, ni qué le pasa.  
Pregunta, avizora, grita:  
yo callo, y sigue la guasa...  
¡Me gusta abrir la cajita  
de los secretos de casa!

ADELAIDA

*Grave*

Mal hecho.

JUANILLA

¡Si viera usted  
que ya me lo parecía!...  
Me entra un temblor, cada día  
cuando abro...

ADELAIDA

¿Entonces?...

JUANILLA

No sé:

por una parte, me asusta  
la acción, le temo al castigo...  
por otra parte, me gusta  
aquel hormigueo... y sigo.

*Escogiendo en un fajo de sobres y dando  
uno a ROSINA.*

—Para ti. Del padre Fuentes...

*ROSINA, escandalizada hace la acción de  
persignarse.*

—No te santigües, mujer;  
pecadores ha de haber,  
para que haya penitentes.  
No lo haré más.

ADELAIDA

*Grave*

Y harás bien.

JUANILLA

*Quedándose otra carta, con muestras de alegría.*

Esta, para mí.

ROSINA

¿De quién?

JUANILLA

Secreto.

ROSINA

Perdón.

JUANILLA

Espera,  
mujer: las cartas se ven,  
fijándose, desde fuera...  
Tú observa: trazo seguro,  
letra grande, rasgo duro,  
ni un perfil... ¿se echa de ver,  
no es eso, a un hombre maduro?...  
¡Pues me la escribí, anteayer,  
yo misma!

ADELAIDA

(¡Local!).

JUANILLA

Y la empiezas  
y no quisieras concluir.  
¡No sabes qué de ternezas  
se me fueron a ocurrir!

*Mira las demás, con cierta imperceptible  
melancolía y las deja en una mesa di-  
ciendo:*

—Las que quedan, para el tío...

*ROSINA se acerca y una por una las exa-  
mina, lee el sobre de una de ellas:*

ROSINA

Don Fernando de Olivar.  
Y aquí, un sello...

*JUANA se acerca y procura quitársela;  
ROSINA se defiende.*

—¡deja estar!—

...donde dice: «Caserío  
de Guadalema y Aijar».

*A su madre*

—Concha Guadalema había  
sido tu amiga, ¿verdad?

ADELAIDA

Sí.

ROSINA

¿Reñístels?

ADELAIDA

No, hija mía.

Se enfrió nuestra amistad  
y nos dejamos de ver.

ROSINA

Pues no comprendo que siga,  
después de eso, siendo amiga  
de papá.

ADELAIDA

¿Por qué, mujer?

Ya he dicho que no reñimos;  
y esa carta, a lo mejor,  
será pidiendo un favor  
como tantos que le hicimos.  
Vende el cortijo y la aceña  
de Guadalema.

ROSINA

*Desabrida*

¿Y querrá  
que se los compre papá?

ADELAIDA

Después de todo, es muy dueña.

JUANILLA

*Con imperio, quitando a ROSINA la carta*

¡Naturalmente!... Cuestión  
de intereses. ¡Deja estar!

ROSINA

¿Por qué?

JUANILLA

*Volviendo a recoger todas las cartas que  
dejó en la mesa.*

¡Basta de fisgar!

ROSINA

*Lévida*

¡No tienes educación;  
y, a veces, se ha de tener!

JUANILLA

*Tranquila*

Ya sé que la necesito.

*Suena por dos veces un timbre eléctrico*

¡Calla!... Dos... Llama a Javier.  
Querrá las cartas.—¡Justito!

*Va a salir por la escalera y, antes, dice  
a ROSINA.*

Dile a Javier que yo soy  
la de la llave. Y que cuente  
con ella otra vez, desde hoy.

*Se vuelve, llama*

¡Tío Fernando!

*Aparece éste en la escalera.*

DON FERNANDO

¿Qué?

JUANILLA

*Volando*

¡Allá voy!

DON FERNANDO

¿No hubo correo?



JUANILLA

*Cuadrándose y presentando las cartas.*

¡Presente!

*Sonríe FERNANDO al tomarlas; acaricia a la chiquilla, la besa en la frente. Ella sigue sin palabras, subiendo la escalera. Aún se vuelve FERNANDO a mirarla. En escena ROSINA se ha despedido de su madre y ha salido, por la izquierda no sin una mirada celosa al grupo de DON FERNANDO y JUANILLA.*

*Cuando ésta ha desaparecido, DON FERNANDO seguirá lentamente bajando la escalera. Dice, sin mirar.*

FERNANDO

Buenas tardes...

*Se acomoda, en un sillón. Rápidamente va leyendo las cartas, durante la primera parte de la escena. Entre carta y carta, mira y habla.*

—¿Y Rosina?

*Vuelve a leer*

ADELAIDA

Salió.

E D U A R D O M A R Q U I N A

---

FERNANDO

¿No estaba contigo?

ADELAIDA

Pero se fué...

*Pausa otra vez*

FERNANDO

No consigo  
confesar a la isoldina...  
Se ve que no anda segura  
de lo que hacer le conviene,  
y, hasta saberlo, se abstiene,  
de charlar con este cura.  
Porque me huye.

ADELAIDA

Puede ser  
pero lo dudo. Hay que ver  
cómo anda de atareada  
estos días...

FERNANDO

¿Y hoy, mujer?

# L A V I D A E S M A S

---

ADELAIDA

Hoy no estará para nada,  
con el viaje...

*Otra pausa*

FERNANDO

¿Va de veras  
lo del viaje?

ADELAIDA

Ya lo ves...

*Y otra*

FERNANDO

Pero, de todas maneras,  
será corto.

ADELAIDA

O largo...

FERNANDO

*Deja de leer*

¿Un mes?

ADELAIDA

O dos... O más,

FERNANDO

¿Cómo así?

ADELAIDA

¿Qué cómo?... Pues como son  
las cosas de obligaciones:  
se imponen, se aceptan y  
se ignora su duración.

FERNANDO

Perdona; en el mundo, todo  
tiene sus límites...

ADELAIDA

Ya.

Pues, mi viaje, no.

FERNANDO

¿De modo  
que unos meses?...

ADELAIDA

Dios dirá.

*Resuelto, observándola y abordando la explicación.*

FERNANDO

¿Qué te sucede?

ADELAIDA

A mí, nada.

FERNANDO

¿Pues a qué viene evitar  
la respuesta o contestar  
por rodeos?

ADELAIDA

Si te enfada  
que calle, tendré que hablar.

FERNANDO

Me enfada y es justo: dí.

ADELAIDA

Pregúntame tú.

FERNANDO

Jamás:

tú te marchas; tú sabrás  
por qué lo has resuelto así.

ADELAIDA

No quisiera que Rosina,  
que aún es niña, en el momento  
en que, al parecer, la inclina  
su devoción al convento,  
tuviera que decidir,  
como quien dice, entre ser  
persona viva o morir,  
sin una voz de mujer  
y de madre, a quien oír.

FERNANDO

¿Y eso es todo?

*Leal, mirándole cara a cara*

ADELAIDA

No; Fernando.

FERNANDO

Hay más: ¿pues qué es lo demás?

ADELAIDA

¿Para qué seguir hablando?  
Con el tiempo lo sabrás.

FERNANDO

¿Con el tiempo? No, va a ser  
ahora mismo, ¡sin demora!  
Cuéntame; quiero saber.

ADELAIDA

¿Ahora mismo?... Pues ahora.  
Aparte la vocación  
de Rosina, y su ilusión  
de vestir hábito en Francia,  
yo me iría; mi intención  
es que el tiempo y la distancia  
nos ayuden a no ver,  
y nos libren de sentir:  
tu hija y yo vamos... a huir;  
ella, por no padecer;  
yo, por no hacerte sufrir;  
¡porque las dos te estorbamos!

FERNANDO

¡Adelaida!

ADELAIDA

¡Si! Y yo, más.

Protestas porque nos vamos,  
pero no creas que vas  
a cambiar si nos quedamos;  
¡no vuelve al cristal la esencia  
que se evaporó!... Y ya sé  
que, hasta ahora, nuestra existencia  
no ha dejado, en apariencia,  
de ser la misma que fué.

FERNANDO

¿Entonces?...

ADELAIDA

Noble, prudente,  
«el mas cabal de los hombres»,  
como oigo constantemente,  
tú no has de dar nuestros nombres  
de pasatiempo a la gente;  
al revés, buen sevillano,  
católico y caballero,



tirarás la piedra, pero  
 sabrás esconder la mano;  
 tú, cauto, y, si es menester,  
 generoso, dejarás  
 algún día a los demás  
 para venirme a atender;  
 serás buen marido, aparte  
 la mentira, el devaneo  
 de tapadillo... Hasta creo  
 que sabrás sacrificarte  
 por mí; que mientras yo viva  
 le harás honra a tu mujer,  
 por elegancia nativa  
 de tu manera de ser;  
 por buen gusto... Pero, ¿es eso  
 lo que cabía esperar,  
 andando el tiempo, de un beso  
 que santificó el altar?  
 ¡No digas!... En conclusión,  
 Fernando, que nos fallaron  
 las alas del corazón;  
 nuestros amores pasaron,  
 y si hoy me das un poquito  
 de tu tiempo, es porque, al rito  
 de la obligación sagrada,  
 te sacrificas, contrito...  
 Pero yo no necesito

que me sacrifiques nada.  
 Quiero tu fe, de verdad.  
 Para eso, mi voluntad  
 no basta; el dolor, tampoco;  
 las mujeres, a mi edad,  
 llorando, consiguen poco,  
 y esto es... lo usual; yo no tengo  
 la facultad de evitarlo;  
 pero, ¡me voy! A aceptarlo  
 cerca de tí, no me avengo.

\* Será una separación  
 que tendrá, para la gente,  
 como ves, su explicación;  
 si, más tarde, se arrepiente  
 de su infantil vocación,  
 Rosina, y vuelve a encontrar  
 gusto a la vida, veremos  
 cómo se puede arreglar  
 que hija y madre nos quedemos  
 en Francia. Y, viviendo en Francia  
 nosotras; tú, donde quieras,  
 no tendrá el caso importancia;  
 estas cosas, a distancia,  
 suelen ser más llevaderas... \* (1)

(1) Los versos colocados entre asteriscos pueden suprimirse en la representación.

—Ahora sabes la razón  
de este viaje, en que busqué  
la paz de mi corazón...  
Y, en cuanto a su duración,  
ya te lo he dicho: no sé.  
¿Un mes, dos... la eternidad?  
Durará, en realidad,  
lo que aún pueda vivir yo;  
¡para tí, la libertad,  
Fernando; estorbarte, no!

FERNANDO

¿Qué te han contado de mí?

ADELAIDA

Nada; ni quiero saber.

FERNANDO

No sabes, ¿y acusas?

ADELAIDA

Sí;  
por algo soy tu mujer.  
Sin que me digan las gentes,  
yo sé lo que piensas, y hasta  
lo que *no* piensas ni sientes;

con tus silencios me basta:  
con tu manera de entrar  
en casa, el aire lejano;  
con tu prisa, al estrechar,  
cuando te marchas, mi mano;  
con el olvido en que dejas  
a tu hijita, que, sin ti,  
no quiere vivir... Sus quejas  
tú no las oyes..., yo, sí.

FERNANDO

Cosas de niña...

ADELAIDA

Si quieres;  
pero las niñas, Fernando,  
dicen, a veces, llorando,  
lo que callan las mujeres.  
Por ejemplo: tu hija y yo  
solas, vamos a emprender  
hoy, ese viaje...

FERNANDO

Mujer,  
no hay miedo...

ADELAIDA

Ya sé que no.

Sin embargo, en otros días,  
cuando, como manda Dios,  
a ella y a mí nos querías,  
¿crees que no nos habrías  
acompañado a las dos?

FERNANDO

¡Como hoy!.. De haberlo sabido...  
Pero, ¿quien iba a creer..?  
Lo siento.

ADELAIDA

*Ingenua, esperanza aún*

¿Habrías venido?

FERNANDO

Claro que sí.

ADELAIDA

Aún puede ser,  
Fernando; no hemos salido...

FERNANDO

Hoy, ya es tarde; he recibido  
una carta...

ADELAIDA

¿De mujer...?

FERNANDO

¿A qué viene...?

ADELAIDA

Y se te quema  
de impaciencia, el corazón...

FERNANDO

¿Por qué...

ADELAIDA

Concha Guadalema  
te ha escrito...

FERNANDO

Tienes razón;  
me ha parecido entrever  
su letra... ¿y qué? ¿Va a tener

que privarse de escribir  
por lo que han dado en decir?  
Sería reconocer  
que está en lo cierto la gente.  
No hay que dar a los demás  
la razón; precisamente  
por eso, me escribe más...

ADELAIDA

Ya.

FERNANDO

¡Te prohíbo dudar  
de mí!

ADELAIDA

No dudo.

FERNANDO

Haces bien.

*Reflexionando*

¿Es ironía?... Pues, ven,  
que lo vas a comprobar  
tú misma...

*Tendiéndole, de lejos, la carta en cuestión*

¡Lee!... ¿No vienes?

ADELAIDA

*Sin moverse, digna*

Dejémoslo estar, Fernando.

*FERNANDO se guarda la carta y se acerca  
a su mujer.*

Ya ves que, por mí...

*Transición*

No tienes  
razón de quejarte, cuando  
llega el caso, y quedas mal...  
Pues no es justo que pretendas  
zaherime... Yo soy leal,  
mujer; no me duelen prendas;  
pero...

ADELAIDA

Pero te has guardado  
la carta...

FERNANDO

Es verdad... ¡y sigo  
guardándomela!... y te digo  
que siento haber intentado



defenderme. Si has dudado  
de mí, ahora sufre. Es castigo.

ADELAIDA

Me has castigado ya mucho  
antes de ahora...

FERNANDO

Has de entrar  
en razón.

ADELAIDA

Voy a tratar  
de eso: cegaré.

FERNANDO

¡Te escucho  
mujer, y creo soñar!...

*Acercándose más a ella; con mimo*

Total, nada; unos regaños  
que piden unos consuelos.  
Primera escena de celos,  
después de veintidós años...  
¿Pero, es posible, mujer?  
¿Y aun no se sabe en Sevilla?...

La flor de la maravilla  
tengo en mi casa: hay que ver...  
¿Con que, celos?... Me parece  
muy bien, hija; es un consuelo  
saber que platea el pelo  
y el corazón no envejece.  
Ven acá... Buen veranillo  
de San Martín me prepara  
mi mujercita... Esa cara  
ya lo conoce... Y el brillo  
de esos ojos, aunque veo  
que hoy se disfrazan de enfado,  
me gustó siempre... Hasta creo  
que, a veces, te lo he probado...  
¡Lástima qué!... Pero, en fin,  
ya volverás; me someto.  
Bueno es que haya, en el jardín,  
unas rosas de respeto.  
¿Cuándo salís?...

ADELAIDA

*Esceptica*

Deja estar...

Pronto...

FERNANDO

¿A qué hora?

ADELAIDA

No lo sé.

FERNANDO

¿Que no lo sabes?

ADELAIDA

Es que...  
no te quiero molestar.

FERNANDO

*Mirando el reloj*

Molestia ninguna. Pero...

ADELAIDA

Por eso. Tendrás que hacer...

FERNANDO

¡Figúrate! Y el deber  
manda siempre.

ADELAIDA

Es lo primero.

FERNANDO

¿Te burlas?

ADELAIDA

No. Me figuro,  
queriéndote despedir  
de nosotras, el apuro  
que pasas... Si has de salir  
a tus negocios, no quiero  
que te expongas a perder,  
por nosotras, ni el dinero  
ni la paciencia...

FERNANDO

Mujer,  
por mí... Ya sabes que yo...

*Finge decidirse con gusto; desiste de todo  
y se sienta otra vez.*

Cuando queráis, podéis iros...  
¡Me espero, hasta despediros  
a las dos; y se acabó!...

ADELAIDA

¿Que es decir que nos vayamos  
ahora mismo?...

FERNANDO

No, señora;  
por mí, no.

ADELAIDA

¡Si en eso estamos!...

*Ya con abrigo y sombrero de viaje, aparece en la derecha ROSINA.*

—Rosina —¿a qué hora nos vamos?

ROSINA

*Entrando*

¿No era a las seis?... Pues, ahora.

*FERNANDO respira*

ADELAIDA

¿Ves tú?... Sabiendo lo que es un hombre tan ocupado, ¿iba yo a haberme olvidado de ese detalle? ¿No ves que yo sé la hora en que empiezan los negocios para ti? Esos olvidos no rezan conmigo.

FERNANDO

Es mejor así,  
Pero, de cualquier manera,  
conste que hubiera esperado...

ADELAIDA

Ya lo sé... Siempre se espera  
la libertad, de buen grado...  
—Despídete de él, hijita...

*Y sale por la lateral izquierda*

FERNANDO

*A su hija*

¿Te marchas?...

ROSINA

Sí...

FERNANDO

¿Y cómo así?

¿No ves que te necesita  
tu padre, hija mía?

ROSINA

*Radiante*

¿A mí?...

FERNANDO

Cabal... Pero, no te apures,  
mujer, porque yo confío

que, enfermo y viejo, me cures.  
 ¡No creo en lo del monjío,  
 chiquilla, aunque me lo jures!

Yo eso lo concibo cuando  
 se es muy fea, o faltan bienes;  
 ¿pero tú, con lo que tienes,  
 con lo que eres, profesando?  
 La niña de Don Fernando  
 no está para esos belenes...

*La acerca a sí, la acaricia; la emboba  
 con sus buenas palabras.*

Vete a Francia... eso está bien.  
 Y gasta... eso está mejor;  
 y cuando te canses, ven;  
 que aquí, el tronco, dirá amén  
 a lo que quiera su flor.  
 París no está mal... Y aquella  
 monja rubia, casi albina,  
 que hablaba contigo —fina  
 como un rayito de estrella—  
 la tarde en que fuí a buscarte,  
 ya hizo el año, es para ti  
 buena compañera allí.  
 Salúdala de mi parte.

ROSINA

¿Quién dices?

FERNANDO

Una, preciosa;  
de mirar triste y vacío;  
la cara, de hojas de rosa  
te, con lustre de rocío...

ROSINA

¿Sor Angélica?

FERNANDO

Mujer,  
¡qué manera de callar...!  
No conseguí hacerla hablar  
en todo el rato. Y al ver  
que yo, curioso, insistía,  
se despidió... Parecía  
blanca, al perderse en la puerta,  
la aparición de una muerta  
que en humo se deshacía.  
Se ve que en vuestra clausura  
los hábitos y la toca  
no bastan; de añadidura,  
régimen de sepultura,  
cara grave y punto en boca.  
¿No habláis?



ROSINA

Si; lo menester;  
que hablar mucho puede ser  
tentación del Enemigo...

FERNANDO

¿Ya? Pues tú eres más mujer  
que esa amiga que te digo,  
y aunque cantes, por gastar  
saliva, cuando no reces,  
vas a caer muchas veces  
en la tentación de hablar.  
Rosina, se me figura  
que todo el aire de aquel  
conventito de papel  
de seda, aquella clausura  
de lirios entre algodones,  
ahora, de lejos, te halagan,  
y es posible que no te hagan  
feliz de cerca; bombones  
toda la vida, empalagan.

ROSINA

¿Me... cansaré?

FERNANDO

Tengo miedo;  
pero, en fin, no se hable más...  
Tú te vas; tú volverás,  
si quieres... Y si no, aun puedo  
cuando me sope, intentar  
un duelo contra la Cruz.  
Yo, al cabo, moro andaluz,  
no tengo que respetar  
sagrado; va a ser el cuento  
del rapto de una isoldina;  
monto en furia, me presento,  
¡y te arranco del convento,  
mal que le pese a la albina!

*Finge recordar de pronto la hora, se  
aparta de ella y dice.*

¡Niña! ¡Es muy tarde!

ROSINA

*Ingenua*

¡Y qué gana  
de echarnos! ¿Quién lleva prisa?

FERNANDO

¿Quién lleva prisa? ¡Ay, hermana!

¿Y usted pretende ir a misa  
al toque de una campana?

*ADELAIDA aparece en la izquierda a punto  
que algún criado con maletas va hacia  
la cancela.*

Adelaida..., ¿la has oído?

ADELAIDA

Si la embaucas, ¿qué va a hacer?

ROSINA

*Llorosa*

¡Adiós, papá!

FERNANDO

Hasta más ver,  
chiquilla; ya no hay despido.

*A ADELAIDA, mientras ROSINA se acerca:  
TITA REFUGIO Y JUANILLA que entraron  
con ADELAIDA.*

Hasta la vuelta, mujer;  
acércate; dame un beso...

ADELAIDA

Deja, Fernando... ¿me dejas?

FERNANDO

Y entonces... ¿de qué te quejas?

ADELAIDA

Yo, de todo, menos de eso;  
valgo más.

FERNANDO

*Grave también*

Tienes razón;  
yo también.

*Mirándola, trayéndola aparte*

Pero haces mal  
privando a tu corazón  
de ayudarme hasta el final.  
Ya ves tú... esa mano suave  
fué la luz de mi destino;  
y, «a oscuras», uno no sabe  
dónde le lleva el camino...

ADELAIDA

Total, que, perro guardián,  
siguiendo a estaca, retardo  
la ofensa; y que, de tu afán,

conservo lo que resguardo;  
¡pues no me acomoda; pues  
yo quiero más que eso; no  
lo que me defiende yo,  
sino lo que tú me des!

*Le tiende la mano*

Fernando, es mejor. Adiós.

FERNANDO

Pues, adiós. Y que París  
os pruebe. Y si no venís...

*Vuelve a su tono*

no importa: iré por las dos.

*Por un gesto de ADELAIDA*

¡Yo, sí! Pues ¿qué te creías?  
Nada: la insignificancia  
de un viaje a París de Francia...  
Cosa de todos los días.

*Y los dos se separan sin decirse más*

ROSINA

*Abrazada a REFUGIO*

Adiós, tita...

JUANILLA

*Llamándola la atención*

Adiós, mujer.

ROSINA

*Le tiende la mano*

Adiós.

JUANILLA

No. ¡Venga un abrazo!

*Se abrazan*

¡Ay...!

ROSINA

¿Qué ha sido?

JUANILLA

¡Qué ha de ser!

Tu pulsera de Javier  
que me ha lastimado el brazo.

*Se separan y JUANILLA se duele de la parte lastimada.*

ROSINA

Perdona...

FERNANDO

¡Déjala estar  
a la niña! Total, nada;  
un rasguño...

*JUANILLA deja de quejarse*

ROSINA

Sin pensar...  
¿Por qué no va más tapada?

FERNANDO

*Acariciando a su hija; con emoción sin-  
cera.*

Claro... ¡como tú; entre velos  
de tul de monjita, el día  
que te me lleven los cielos!

*Dominándose*

Dame otro beso, hija mía.

*La abraza y por esconder su emoción  
dice a REFUGIO.*

—Y tú, acaba de llorar...

E D U A R D O M A R Q U I N A

---

¡Anda, afuera! Las veremos,  
desde la puerta, arrancar...

*Salen los dos hermanos, rompiendo la  
marcha.*

ROSINA

*A su madre*

Ya ves, nos deja marchar...

ADELAIDA

¡Ya veo que no volvemos!

*Y salen ellas dos a su vez*

JUANILLA

*Ve el ramo y llama a su prima*

¡Rosina...! ¡No! ¿Qué iba a hacer?  
No es olvido; los rencores  
no olvidan...

*Vuelve a dejar en su sitio el ramo que  
había cogido.*

¡Cómo ha de ser!  
Yo ya sabía, mujer,  
que te dejabas mis flores.



*Llega junto a la mesa donde FERNANDO olvidó sus cartas y, distraída, las ordena. En seguida llega por el fondo izquierda JAVIER. Se acerca a la mesa donde está JUANILLA; ésta, al verle, pregunta.*

—¿Qué hay, niño?

JAVIER

Las cartas.

JUANILLA

Ya;

¿se había usted figurado  
que adrede me he rezagado  
para leerlas? No da  
tiempo: son pocos instantes  
y escribe largo la sed  
de tantas bocas amantes.

JAVIER

*Escandalizado*

¿Qué dice usted?

JUANILLA

*Natural*

¿No ve usted  
que las he leído antes?

*Iniciando mutis a la derecha*

Guárdelas. Todas están:  
las que apremian hasta el llanto,  
las que más, las que no tanto,  
y las melosas, que dan,  
por darle dentera, un plazo;  
como Concha Guadalema,  
que, al dar el plazo, lo extrema  
y es casi un pistoletazo:  
«Si quieres, ha de ser hoy;  
si no, ¡nunca!...» Pobrecita;  
mucho le fuerza; ya voy  
creyendo que no es bonita..

*Decisión*

Pues dígame usted, Javier,  
a quien le importe, que hoy, no.  
¿Me oye usted? No debe ser,  
¡y, además, no quiero yo!

*Sale*

JAVIER

*Para sí*

¿Qué ha dicho...?

*Entra FERNANDO por la cancela*

FERNANDO

*Respirando, frotándose las manos y como  
libre de un peso.*

!Ya está!—

JAVIER

¿Marcharon?

FERNANDO

Sí, niño... Aún tiembla, en la seda  
de los aires que rasgaron  
saliendo, la polvareda  
del coche, cuando viraron...  
Dios me ayuda... En el momento  
en que un hombre necesita  
mayor libertad y evita  
cualquiera impedimento,  
se va Adelaida... ¡talento  
que tiene mi mujercita!...  
¡Pues, ya está!...

*Transición*

¡Venga esa mano,  
chiquillo!... ¿qué te parece?  
¿envejece o no envejece  
Don Fernando?...

JAVIER

*Grave*

Aún es temprano  
para envejecer.

FERNANDO

Y tal—

*Confidencia*

Por eso... hay jira cercana.

JAVIER

¿La Guadalema... al final?...

REFUGIO

*Su voz desde el zaguán*

¡Hermano!

FERNANDO

Calla: mi hermana.

REFUGIO

*Entrando, con extrañeza, a OLIVAR*

¿Vas a ponerte en camino,  
tú también?

FERNANDO

*Evasivo, fingiendo*

Eso quisiera...

REFUGIO

*Sin detenerse, pasando hacia la derecha*

Porque ahí Currillo te espera  
con un coche del Casino.  
—¡qué dispersión!...

FERNANDO

¿No sabías?...

REFUGIO

No... ¿Serán... negocios?

FERNANDO

Justo.

Y estaré fuera, unos días.

REFUGIO

¿Quién te lo impide?... A tu gusto.

*Sale*

FERNANDO

Pues, si... Por no dar que hablar  
 en Sevilla, al mujerío,  
 me cita en su caserío  
 de Guadalema y Aijar...  
 Allá nos encontraremos  
 hoy, esta noche... Después,  
 ella dirá... Viajaremos;  
 un paseíllo, a través  
 de la gloria de esta tierra,  
 ¡y, para remate y fin  
 el descanso, en el jardín  
 de mi cortijo, en la sierra!  
 Ve por dónde, a la salida  
 del mundo, vuelvo a encontrar  
 cuando empezaba a dudar,  
 lo único que hay en la vida.  
 Y está bueno... No era cosa  
 de irme de este mundo para  
 que, muerto, se me juzgara  
 por mi vida escandalosa,  
 y al reprocharme el Señor,  
 tantos festines de amor  
 tener que decirle allá:  
 «¡pues, si supieras que ya  
 no recuerdo ni el sabor!»

No, hijo mío: penitente  
 si quieren, y condenado,  
 sufriendo por lo pecado:  
 pero que sea reciente.  
 ¡Javierillo!—No es ser malo,  
 lo que te digo; no estoy  
 tan loco; pero no soy  
 como tú un hombre de palo,  
 ni quiero serlo: la vida  
 tiene aún tantas cosas buenas  
 que uno, a pesar de sus penas  
 la desea y se convida  
 de vez en cuando.... Ahora mismo  
 me pongo a considerar  
 lo que he venido a espigar  
 en la tierra, y, del abismo  
 de tanto recuerdo oscuro,  
 sólo rebosan, en flor,  
 las pocas horas de amor  
 que he tenido... ¡te lo juro!...

JAVIER

Total: *quiere usted querer*,  
 Don Fernando.

FERNANDO

Y ya ves, hijo,

que *puedo*: voy a tener  
ahora mismo más que exijo:  
¡tiempo, amor, una mujer  
y la gloria en mi Cortijo!...

JAVIER

Pues... si no desea más,  
Dios le dé lo que desea.

FERNANDO

Sí; ya comprendo tu idea,  
Javier, y se lo que vas  
a decirme... Que, a mis años...  
que esta casa que es la mía  
se deshace... que podría  
sacar de los desengaños  
pasados, otra lección...

JAVIER

Que su hija... que su mujer...

FERNANDO

¡No, eso, no! Vas a tener  
que callarte; el corazón  
yo me lo entiendo... Esas cosas  
ni mentármelas... ¡sagradas,



# L A V I D A E S M Á S

---

y aparte, siempre!... Las rosas  
se mustian, manoseadas...

*Hay una pausa*

DON FERNANDO *observa a* JAVIER

Porque, hay que ver... Yo en la senda,  
decidido a galopar  
¡y tú, miedoso, a tirar,  
cuanto puedes, de la rienda!  
¿Por qué?... ¿A tus años, medida?  
¿De dónde?... ¿Quién te ha enseñado  
ese gesto avinagrado  
de hacerle ascos a la vida?...  
¿Estarás tú enamorado,  
y te darán mala paga?...

JAVIER

*Rápido*

--¡Don Fernando! — No, señor;  
¿quién le ha dicho?...

FERNANDO

A lo mejor,  
he puesto el dedo en la llaga;  
pero, en fin, no se hable más...

EDUARDO MARQUINA

---

*Se sienta y empieza a hojear los papeles  
que dejó en la mesa.*

JAVIER

¿Despachamos?

FERNANDO

Sí, Javier

*Una pausa: muestra la carta de antes  
y dice:*

—Guardo ésta; de las demás, hoy por hoy, no he menester...  
Si quieres contéstalas  
como Dios te dé a entender  
y a tu gusto...

JAVIER

Sí, señor.

FERNANDO

—que será echarlas al cesto.

JAVIER

Si usted me deja...

FERNANDO

Del resto

no me importa: esta es la flor.  
 Ya te digo... No serías  
 buen muchacho si pasaras  
 penas o melancolías  
 y a mí no me las contarás...  
 Yo bien te cuento las mías.

*Acercándose*

Que, por cierto, han de quedar  
 entre nosotros... No sé  
 quién se ha metido a fisgar  
 en mi vida; el caso es que,  
 de un tiempo a esta parte, no  
 me aprovecha ser prudente:  
 yo creo que antes que yo  
 mi mujer está al corriente  
 de las cartas que recibo.

JAVIER

Pues yo respondo de mí;  
 pero, si he dado motivo...

FERNANDO

Para el carro; no tan vivo,  
 muchacho; no hablo de ti;  
 nos conocemos... Observa  
 la gente a tu alrededor

y aunque ahora es mucho menor  
el peligro, ten reserva,  
tú ya sé que has de morir,  
sin venderme... De eso tuyo,  
no hablándome tú, concluyo  
que nada me has de decir.

JAVIER

Nada, señor...

FERNANDO

Tú verás...

*Se acerca a un arcón sobre el que están  
su abrigo de viaje, guantes, sombrero,  
etcétera. Se hace con ello y tiende la  
mano a JAVIER.*

Pues... ¡hasta la vuelta, niño!

JAVIER

Eso es.

FERNANDO

¡Y que ese cariño  
prosperere!

*Sale JAVIER por la derecha. DON FERNAN-  
DO aguarda un instante y va a salir,  
gozoso, por la cancela. Entra en escena  
por la derecha, JUANILLA, al verle así  
le pregunta,*

JUANILLA

Tío... ¿te vas?

FERNANDO

Sí... Al Cortijo.

JUANILLA

Y... ¿ya salías?

FERNANDO

A espantar melancolías...  
Rosina y su madre ausentes,  
no estoy para que las gentes  
me agobien en muchos días,  
y me marchó.

JUANILLA

¿Por qué mientes?

FERNANDO

¡Niña!...

JUANILLA

Tío, ¡si es así!  
Si ya lo sé que te vas...

Pero, ¿solo? Y además,  
¿sin despedirte de mí?

FERNANDO

Una idea repentina.  
Lo acabo de combinar.  
Que no me avenía a estar  
solo en casa, sin Rosina,  
y me he dicho: «Esto va a ser  
muy triste; algo habrá que hacer».  
Con Javier lo hemos hablado  
y a Javier se lo he contado.

JUANILLA

¡Pues... tiene suerte Javier!

FERNANDO

Fué él quien dijo: este vacío  
lo cura el Cortijo, lleno  
de paz, a orillas del río.

JUANILLA

Si está el Cortijo tan bueno,  
¿por qué no nos llevas, tío?

FERNANDO

No puede ser; ya he citado  
a unos amigos allá.

JUANILLA

Se les mandará recado,  
desistiendo.

FERNANDO

Es tarde ya.

JUANILLA

Bueno. —¡Y se van a enfadar  
por que a ti te dé la gana  
de invitarles y llegar  
con tu sobrina y tu hermana?  
¡Mejor lo van a pasar!

FERNANDO

No quiero. ¡Deja!

JUANILLA

¡Un momento!  
¡Señor, qué apresuramiento!  
—¿Quién te obliga?

FERNANDO

¡Es gusto mío!

JUANILLA

Muy bien; pues ya me arrepiento  
de haberte estorbado, tío.

FERNANDO

¡Si es que me voy!

JUANILLA

Pues te vas...

Que es lo que yo suponía...

Palabra de honor: sabía  
que te ibas... Pero, además,  
por quién te ibas.

*De pronto, resuelta, decidida, con lágrimas en los ojos, cerrándole el paso.*

—¡Y es preciso  
que me oigas! Esa mujer  
no te quiere; no te quiso  
jamás; no puede querer!  
¿Que «hoy o nunca»? —Y ¿cómo sabe  
que, si hoy no, podrá mandar  
en su amor, hasta lograr  
que para siempre se acabe?  
Si hoy la ves, enamorada;  
si no, nunca más te quiere.



¡Mentira! Eso nace o muere  
sin que una pueda hacer nada.  
¡Pues, si una pudiera hacer!...

FERNANDO

*Perplejo: observándola*

¡Niña! Ven acá..., ¿has podido  
tú hacer eso? ¿Me has leído  
las cartas de esa mujer?

JUANILLA

*Desafiándole*

¡Sí señor!

FERNANDO

¡Juanilla!

JUANILLA

*Idem*

¿Y qué?

FERNANDO

¡Salga usted de mi presencia!...  
¡Para que tengamos fe,  
después esto, en la inocencia

de una niña!... Que es lo que eres.  
 O lo que pensaba yo  
 que serías... Pero, no;  
 ya tienes, de las mujeres,  
 por lo menos, el prurito  
 de hacer daño... ¡Aquí, tratada  
 como de casa, halagada  
 y ella, a morder!... ¡Muy bonito!

*Acercándose a ella*

Me habías ganado... ¡Sí!  
 Lo confieso... ¿por qué no?  
 Tú, a ser mi enemiga, y yo  
 a no sospechar de ti.  
 Tú haciéndome despertar  
 de la siesta, alegremente;  
 yo gritándote, al bajar,  
 «¿no hay correo?». Y tú: «¡presente!»;  
 que, al enfilarse la escalera,  
 la ibas saltando, graciosa,  
 con la soltura ligera  
 de un rosal de enredadera  
 que lleva en alto una rosa...  
 Te miraba agradecido,  
 te sonreía al pasar;  
 me volvías a mirar  
 tú, alguna vez, al descuido,

¡y me acababas de hacer  
la traición! Eso era, luego  
de contarle a mi mujer  
mi íntima vida... Y yo, ciego;  
¡yo, inocente!... No entendía  
cómo, en casa, se sabía  
cuanto hago... ¡Ve, y que te den  
la paga! ¡Has cumplido bien,  
muchacha; has sido una espía  
perfecta!...

JUANILLA

¿Yo?...

*Va a hablar; no sabe cómo; baja la cabeza y concluye.*

—Como quieras;  
sí, tío.

FERNANDO

¿Qué otro interés  
ibas tú a tener?...

JUANILLA

*Pausa*

Ya ves...

Ninguno, tío...

*Resuelta*

—¿Qué esperas  
para hacer que tus criados  
me echen de aquí?

FERNANDO

¡Te aseguro  
que lo mereces!...

*Y no deja de observarla*

JUANILLA

¡Te juro  
que me alegraré!... Y pagados;  
¡y gracias que te he de dar!  
Que, para ver lo que pasa  
y no poderlo estorbar,  
¡no quiero estar en tu casa!

FERNANDO

Pues, ¡voté!...

JUANILLA

¡Y ha de ser hoy!

FERNANDO

Pues, anda; busca a mi hermana.  
No dejes para mañana  
lo que hoy apeteces.

JUANILLA

¡Voy!...

FERNANDO

*Hace rato que finge un enojo que no siente*

¡Y pocas lágrimas!...

JUANILLA

¡Tío!

¡Téngame usted compasión  
por lo menos!...

FERNANDO

*Haciéndose el inflexible*

¡Al avío!...

*Salte JUANILLA, sollozando. Al quedar solo  
FERNANDO no puede ocultar una duda  
gozosa.*

¿Juanilla?... ¡No! Desvarío...  
Pero ella... —¿Y por qué razón  
no esperar?... —¿Quién dijo miedo?...

*Abandona sus avíos de viajes. Hace sonar  
un timbre. Se presenta JAVIER.*

Javier no salgo esta noche.  
Da orden que se vaya el coche.

JAVIER

¿Pasa algo?

FERNANDO

Nada: me quedo.

JAVIER

Sí, señor.

FERNANDO

¿No puedo hacer  
mi gusto?

JAVIER

¡No ha de poder!

FERNANDO

Como preguntas qué pasa...

JAVIER

Como quería estar fuera  
a estas horas, de Sevilla...

FERNANDO

Ya no.

JAVIER

Y... ¿cuándo sale?

FERNANDO

Espera:

—¡pregúntaselo a Juanilla!

JAVIER

*Asombro dolorido*

¿Qué?

FERNANDO

¡Desde hoy, lo que ella quiera!

JAVIER

¡No es posible!...

FERNANDO

¿Por qué?... Cuando  
me disponía a salir,  
vino a buscarme, llorando...  
y —por no hacerla sufrir...  
—¿Comprendes?

JAVIER

*Expresión de dolor indecible*

¡Sí, Don Fernando!

TELON



## ACTO SEGUNDO

La misma decoración

DON FERNANDO y su viejo amigo SABINO  
GARCÉS

*Acaban de tomar café. Hace calor. Fuman y hablan.*

FERNANDO

*Que probablemente cabeceó un instante*

Sigue... Te oigo.

SABINO

Esa mujer  
no es como las otras, quiere.  
Le hice una visita ayer,  
y está que olvida... o se muere.

FERNANDO

¿Tú fuiste procurador  
de los de Guadalema?

SABINO

*Sin recoger la alusión: con naturalidad*

Sí;  
y en sus tiempos de esplendor  
les administré y serví.  
No fueron gente de suerte  
mucho boato, el caudal  
escaso y... lo natural:  
que Concha, desde la muerte  
de su marido, anda mal.

FERNANDO

Lo presumía.

SABINO

Y, ya ves,  
que una mujer apurada  
intriga más que otras; pues  
Concha Guadalema, nada;  
ni tanto así de interés.  
No sale; se ha reducido;  
no ha buscado agarraderos;  
gastó los pocos dineros  
que le dejó su marido,  
y, ahora, se alivia, empeñando  
sus joyas.

FERNANDO

Pues, ¿qué hará, cuando  
se le acaben?

SABINO

*Oficioso*

Tú verás...

Porque, para ella, no hay más  
que el querer de su Fernando...

*Calla, aguardando una condescendencia  
que su amigo no tiene y continúa:*

Lo malo es que algo sospecha  
de la razón que has tenido  
para dejarla... Te acecha  
de cerca...

FERNANDO

*Ligero desdén*

Ya; busca ruido.

Dile que ya no me espanta  
con eso; que yo también  
quiero tirar de la manta;  
con que, si me ayuda, ¡amén!

SABINO

*Recogiendo velas*

No, Fernando... ¡yo qué voy  
a decirle!... Deja estar...  
Te lo cuento, ya que estoy,  
por lo que pueda tronar...

*Pausa y vuelve al ataque*

Porque, si toma el camino  
de la venganza, es peor...

FERNANDO

*Como sin oír*

Ahora recuerdo, Sabino...  
Tú fuiste gran bebedor:  
¿una copita de vino?  
Pide... ¿Jerez?... ¿Manzanilla?...  
Lo que quieras, se traerá;  
¡para eso, es grande Sevilla!

SABINO

No, no... ¡A estas horas, coñá!

FERNANDO

¿De modo que hay un horario  
para los vinos?

SABINO

*Muy grave*

¿Pues, qué?

Y un Código... milenario;  
calcula, ¡desde Noé!

*Solemne*

Beber es casi un oficio  
religioso; hay que saber  
lo que se hace, y no beber,  
como quien dice, por vicio

FERNANDO

*Siguiéndole la vena*

No; ya lo sé...

SABINO

¿Manzanilla,

decías?... Bueno; ¡a su hora!  
Una tarde abrasadora  
de sol; de las de Sevilla;  
un palco alegre, en la plaza;  
valor, calor, emociones;  
un jardín de pañolones

bordados; toros de raza,  
y, entonces, como un trasunto  
misterioso, en que rezuma  
la alegría del conjunto,  
la Manzanilla es la espuma  
de la fiesta: ¡está en su punto!

*Se aprueba a sí mismo y sigue*

¿Jerez?... Digamos Solera,  
que es mejor, porque ha embebido  
perfumes de la madera,  
de la cuba en que ha cocido.

FERNANDO

*Sorna suave*

¿También tiene hora el Jerez?

SABINO

*Creciéndose, gráfico*

¡Digo!... ¡Y sitio!... Un sitio estrecho,  
¿no lo ves?... bajo de techo,  
oscuro, sin lóbreguez,  
y hombres bebiendo, de tez  
morena y de pelo en pecho.  
Jerez, vino para hablar

del amor y la mujer;  
 para no pestañear  
 jugando, y para poner  
 la misma cara al perder,  
 que un Iscariote al ganar...  
 A la gentecilla huera,  
 poco Jerez, no es su centro;  
 Manzanilla, que aligera  
 el corazón hacia fuera;  
 pero el Jerez va por dentro;  
 requiere gente avezada,  
 que a nadie le ceda el paso;  
 gente que igual bebe un vaso  
 que suelta una puñalada.  
 ¿La hora del Jerez?... Muy fuerte;  
 la que nos da la medida  
 de un hombre, cara a la suerte;  
 la hora de arriesgar la vida,  
 ¡sin ningún miedo a la muerte!

FERNANDO

¡Vaya vinillo!...

SABINO

En las manos,  
 y en los aprietos mayores,  
 nos pone los resplandores

de sol, a los sevillanos;  
¡nos curte y nos da las llaves  
del Arca del Universo!...

*Transición, persuasivo*

¡Don Juan Tenorio, ya sabes,  
lo recomienda hasta en verso!...

FERNANDO

Pues, anda, y que esa mujer  
beba Jerez... Puede ser  
que eso la entone y renueve. .

SABINO

¡Pobre Concha!... Ya, ni bebe;  
¡si ella quisiera beber!...

*Sibarita, acariciando la botella de Do-  
mecq.*

Pero... a estas horas, y tal  
como estamos, conversando  
tranquilos tú y yo, Fernando,  
¡no hay más que esto!... Y no está mal.  
La abundancia y el reposo  
del patio; este aire, empapado  
de bienestar y aforrado



de buenas cosas, suntuoso  
 como una joya, no dejan  
 vacilación: hay que ser  
 muy sordo para no hacer  
 lo que, a gritos, te aconsejan.  
 En este lujo casero,  
 para estos vasos tan finos,  
 ¡coñá... y coñá verdadero,  
 que es el amo y el banquero  
 y el Gran Duque de los vinos!

*En deliquito, sirviéndose*

¡Míralo!... No es menester  
 que yo te diga... ¡un tesoro!  
 ¿No lo ves resplandecer,  
 como si una chapa de oro  
 se le ajustara al caer?...

*Acaba; levanta el vaso en la luz, brillan-  
 tes los ojos, y consume.*

FERNANDO

Camará... ¡vaya ración  
 de vinos que me has servido!

SABINO

*Que aún paladea*

Me gustan... Siempre he bebido

E D U A R D O M A R Q U I N A

---

y hoy no tengo otra pasión...

FERNANDO *calla, pensativo*

Menos mal que es, a mis años,  
la mejor correspondida,  
y la única que, en la vida,  
no me valió desengaños.

FERNANDO

*Acento de sinceridad que contrasta con  
la sorna anterior.*

Eso es verdad.

SABINO

¿No ha de ser?...

—Tú habrás oído decir  
siempre: «Vivir, para ver»;  
¡no! «¡Beber para vivir!»  
Como que, el que bebe, olvida,  
y el olvido es, en la vida,  
la solución del problema.  
No habría modo de dar  
un paso, sin olvidar...  
Ya ves tú: la Guadalema...

FERNANDO

*Rápido, atajándole*

Dejémosla... ¿puede ser?

SABINO

Me sirve de ejemplo; es para  
demostrarte... Si olvidara  
tu cariño esa mujer,  
¿qué iba a faltarle en la vida?  
Nada: el cuerpo más bonito  
que luce mujer nacida...

FERNANDO

*Complacido, vago recuerdo*

Cabel...

SABINO

*Animándose, cebando al anzuelo*

Ni pongo ni quito.  
Pero... además, querida  
—no es ponderación, he visto —  
los pretendientes... ¡así!

*Y espera el efecto*

FERNANDO

*Sin picar*

Sigue... Ya ves que ni chisto...

SABINO

Pues... nada: porque te quiere,  
se ha empeñado en no olvidar,  
y así está... para acabar...  
Vuelve a ser tuya, o se muere.

FERNANDO

No será tanto...

SABINO

¡Capaz  
de todo, si no te alcanza!...

FERNANDO

¿Vamos a dejarla en paz?

SABINO

¡Pero... hombre!... ¿ni una esperanza?

FERNANDO

¡Pero hombre!... Lo que acabó,  
¿tiene compostura?

SABINO

*Rindiéndose, cansado de luchar*

No;  
ya lo sé... Manda el destino.

*Apurado, abriéndole el corazón a su amigo*

Bueno... y ¿qué le digo yo?

FERNANDO

Pues... háblale de algún vino.

SABINO

*Casi dolido*

¡Fernandillo! Esa esquivez  
francamente, me despista...

FERNANDO, *calla*

¿Qué hay? ¿Barco nuevo, a la vista?

FERNANDO

Nada. Que sufro, tal vez,  
y el dolor es egoísta.

SABINO

No te creo... Eso es que estás  
desganadillo... ¡pereza!

Pues, ojo, porque así empieza  
la vejez...

FERNANDO

De eso sabrás  
tú alguna cosa.

SABINO

Un montón  
de cosas... ¡el Diccionario!  
Más de eso que del horario  
del vino, y con más razón.  
Si quieres, puedo ilustrarte!

FERNANDO

Ya ves que voy aprendiendo...

SABINO

¡Por tu culpa! No saliendo,  
no yendo a ninguna parte...  
Porque... es lo que Concha dice:  
si viviera en compañía  
de su mujer, todavía...  
Pero, hoy, ¿quién le contradice?

*Silencio. Bajando la voz prosigue*

¿O es que está aquí tu mujer?

FERNANDO

Está en París.

SABINO

Lleva ya  
su tiempo... ¿no volverá?

FERNANDO

*Costándole hablar*

Creo que piensan volver.  
Por lo visto, han decidido,  
para la toma del velo,  
que sea en Sevilla. Ha sido,  
después de todo, un consuelo.

SABINO

¡La toma del velo! Y ¿quién  
profesa?

FERNANDO

Mi hija Rosina.

SABINO

Mala jornada: una espina  
que se te clavó.

FERNANDO

También...

El día en que se marcharon,  
la hubieras visto: un primor...  
Y en París me la acabaron  
de convencer. Le arrancaron  
las hojitas a mi flor.

SABINO

Pues... ya que sufres, Fernando,  
busca expansión, por lo menos...  
Si puedes hoy, ¿para cuándo  
te dejas los ratos buenos?  
¿Qué espinas, ni qué pesares,  
van a amargarte la vida,  
mientras haya un Palomares  
donde se bebe y se olvida?  
Y en Palomares están  
los amigos, desde ayer,  
metidos en juerga; a ver  
hasta cuándo seguirán.  
El ventorrillo es sombrío,  
si quieres; pero no queda  
tan mal, entre la arboleda  
y a pocos pasos del río.  
Vino, guitarras, mujeres



y cante y baile... ¡hasta allá!  
 ¿Hace o no hace? Concha irá  
 para animarte, si quieres.

*Levantándose*

¿Le llevo ya el notición?

FERNANDO

*Idem, reteniéndole*

Aguarda. Luego veré  
 si se presenta ocasión...

SABINO

*Insistiendo*

Y ahora, ¿no? Pero, ¿por qué?

*En el claro de la cancela, a contraluz, se dibuja la estampa de JUANILLA. Atavío exterior, aire de la persona, tono de la voz maduraron desde el acto anterior. Unos paquetitos en las manos. Miniatu-  
 ra de dueña de casa que regresa de sus compras. Casi antes de verla, presintióndola, ha ido a su encuentro DON  
 FERNANDO, Hamándola.*

FERNANDO

*Olvidando a SABINO*

¡Juanilla!

JUANILLA

*Entrando; toda ojos para FERNANDO; sin ver a SABINO hasta que OLIVAR se lo señala.*

¡Tío!

*Se reunen los dos, junto a una mesita donde JUANILLA dejará, y en el momento oportuno, abrirá uno de los paquetes. Intimo, el breve coloquio. SABINO observa, frotándose los ojos. Justifícamelo. Oro y fuego de sol, JUANILLA deslumbra.*

FERNANDO

*Por los paquetes*

¿Encontraste?

JUANILLA

*Radiante*

Claro... Los que tú querías...

*Y muestra el paquete: una fina, amplia caja de habanos.*

Los mismos que le encargaste al secretario hace días...

FERNANDO

*Tomando uno, aspirándolo*

¿Ves tú? ¡Y Javier, pretendiendo  
que no se iban a encontrar!  
No es el mismo: va perdiendo  
Javier. Le voy a tirar  
de las orejas.

JUANILLA

No creas  
que era fácil de cumplir  
tu encargo... ¡Iba a desistir  
yo misma! Para que veas...

FERNANDO

Pero me los traes...

JUANILLA

¡Después  
de mucho y mucho buscar!

FERNANDO

*Rápido*

Dos horas.

JUANILLA

*Consulta al reloj de pulsera: halagada;  
satisfacción: mimo.*

Sabes contar:  
las cinco. Y salí a las tres.

*Vuelve a recoger sus paquetes: en alto la  
caja abierta de habanos.*

FERNANDO

¿Habrás pasado calor?

JUANILLA

Nunca faltan callejuelas  
en sombra, donde el rumor  
del agua de un surtidor  
se filtre por las cancelas...  
—¿Dejo esto en tu cuarto?

FERNANDO

Sí.

*Volviendo a ver a SABINO*

—Pero antes, oye...

JUANILLA

Quisiera  
ver cómo andan por allí  
las cosas...

FERNANDO

Sí; pero espera...

JUANILLA

Te abriré un poco el postigo,  
descorreré la cortina...

*Y hablando así llegan cerca del amigo  
SABINO, a quien JUANILLA no vió aún; es  
cuando, OLIVAR la obliga a detenerse y  
ella ve que no están solos.*

FERNANDO

Pero, aguarda... ¿no te digo?

*Y hace la presentación*

—Sabino Garcés, mi amigo;  
Juanilla Algar, mi sobrina.

SABINO

*Inclinándose*

Por muchos años...

FERNANDO

*A JUANILLA, por los habanos, sonriendo*

Ofrece...

JUANILLA

*Graciosa, presentando la caja*

¿Quiere usted?

SABINO

Con mil amorés...

*Y toma un cigarro. Guardándolo,  
concluye*

¡Buen tabaco!

*A JUANILLA*

que parece  
mejor, servido entre flores...

*Por las manos de ella que ahora vuelven  
a cerrar la caja.*

JUANILLA

*Estimando el piropo*

Muchas gracias.

SABINO

*Rápido*

No: yo a usted.

JUANILLA

*Cerrando el episodio; dirigiéndose a la  
escalera.*

Pues... con su permiso, voy  
a unas cosillas...

A DON FERNANDO

Y estoy  
de vuelta en seguida.

FERNANDO

*La voz es una caricia*

Ve.

*Desaparece JUANILLA por la escalera. DON  
FERNANDO la sigue con los ojos, más  
allá de su desaparición. SABINO, tose,  
OLIVAR se le acerca.*

Como te decía...

SABINO

*Conteniéndole*

¡No!

FERNANDO

Si es explicarte...

SABINO

No, insisto.

FERNANDO!

Pero, ¿por qué?

SABINO

Porque he visto,  
Fernando. ¡Concha murió!  
Para la pobre, imagina:  
reñidos, tú en libertad  
y a tu lado esa sobrina...  
mortal de necesidad.

*Por un gesto que protesta, de FERNANDO*

¡Si yo esas cosas, Fernando,  
las veo venir de lejos!  
Confíesate... Amigos viejos...  
Señor, pues, si ahora no, ¿cuándo?



FERNANDO

*Sincero*

¿Qué podría confesar?  
Nada... Acaso, un mal deseo  
tan breve, que, ni ella, creo  
que lo llegó a adivinar.

SABINO

Yo, lo que digas... No quiero  
pasarime de listo... Pero  
te juro que os ví cruzando  
vuestras miradas, Fernando,  
y aquello era un hervidero  
de pavesillas de amor...

FERNANDO

*Dispuesto a la confidencia; pensando y  
diciendo, después de pensar.*

Sí, me quiere... Y yo he querido  
quererla; y lo he conseguido;  
pero...

SABINO

¿Te falta valor?

[ 129 ]

FERNANDO

*El alma en los labios*

Me sobra lo que he vivido.

SABINO

No entiendo.

FERNANDO

¿No se te alcanza?...

*Golpedndose la frente*

La vida está aquí, a mis años...

Y aquí, acaban los engaños;

pero, acaba la esperanza.

No quieres cuando despliega

sus razones la razón

y te convence y te ruega...

Quieres, cuando el corazón

mozo, da un brinco y te ciega.

Lo malo es que ese estallido

del corazón, cuando mozos,

es tan frecuente y seguido

que el hombre, al cabo, rendido,

se acostumbra a sus destrozos.

Y no sólo no escuchamos

entonces su invitación,

sino que, a veces, no estamos  
para sufrir, y llevamos  
la contraria al corazón.

Así se nos gasta. Vemos  
que la luz tras que corremos  
con menos fuerza le hiere  
cada vez. Envejecemos;  
y, al fin, nosotros queremos,  
y el corazón ya no quiere.  
Todo le sabe al sabor  
de sus pasados quebrantos;  
llegas al último amor  
por un camino de llantos;  
ves, de olvidadas mujeres,  
un reflejo en lo que quieres;  
no es Ella, ya es una más  
y estás dudando.... y te mueres  
sin salir de donde estás.

SABINO

*A quien impresiona la sinceridad de OLIVAR.*

Pues... Fernandillo, eso es grave;  
torcedor que no se acabe  
cuanto antes, para en locura;  
y el cariño que no sabe  
decidirse, es el que dura.

Si ella te quiere, no sé  
qué va a detenerte, cuando  
tú eres quien eres, Fernando.  
Después de todo, ¿a ti, qué?  
¿Que está, en tu casa, hospedada?  
¿que es tu sobrina?

FERNANDO

Una ahijada  
de Refugio...

SABINO

Ni parientes...  
Pues, ya tú ves... Total, nada;  
¡sí que son inconvenientes!

FERNANDO

Pero ella...

SABINO

¿Te importa a ti  
lo que, de ella, pueda ser?  
¿Pensarás en la mujer  
antes que en ti mismo?...

FERNANDO

Hoy... ¡sí!

—Busca en mi vida... No hay trecho  
donde no encuentres sus huellas...

Si las mujeres me han hecho,

¿no voy a pensar en ellas?

Cuenta: hijo, hermano, marido,  
padre, amante... a ellas me debo;

manos de mujer me han ido

añadiendo a cada nuevo

paso que daba, un latido.

Y a fuerza de recoger

de sus manos, al pasar,

tantos modos de querer,

¿no habré aprendido a mirar

con ternura a la mujer?

Pues el día en que apuntó

la ternura, se apagó

la luz de mi buena estrella...

Ya no me digo: ¡antes, yo!

Ahora me pregunto: ¿y ella?

SABINO

Pues... entonces...

FERNANDO

*Anticipándose a lo que SABINO va a decir*

¿Desistir?

También lo he pensado... Pero  
no esperar nada, y vivir  
¿vale la pena? Prefiero  
saldar la cuenta; ¡morir!

SABINO

Tampoco, hijo mío, ¡calma!...  
Te queda una solución.

FERNANDO

Ninguna.

SABINO

El recurso al alma:  
¡Platón!...

*A un gesto escéptico de FERNANDO*

Créeme.. ¡Platón!

*Buscando el modo de explicar su idea y  
encontrándolo por fin:*

Pongamos un vino: tal...  
—ni este, ni este; el que le topa

más a gusto, a cada cual—  
 Te sirves, de él, una copa,  
 y aunque sea justamente  
 beber lo que te interesa,  
 te estás solito, en la mesa,  
 mirando: la copa enfrente.  
 Con el arrobo felino  
 del gato que acecha, ves  
 pasar, del vidrio a través,  
 los alimbares del vino;  
 procuras adivinar  
 el gusto, con el deseo...  
 Y este ideal saboreo,  
 si quieres, lo haces durar.  
 Tu contemplación devota  
 no pasa de la mirada;  
 la copa no sufre nada,  
 no merma el vino, una gota;  
 nadie te aprenhía exigente  
 y es tu gusto el que convida;  
 puedes pasarte la vida  
 mirando... La copa, enfrente.  
 —¡Un símill...

FERNANDO

Que es privación  
 para mí; tormento, acaso;

para los demás... el vaso  
 puesto a su disposición.  
 Porque yo miro, extasiado;  
 pero, entretanto, galopa  
 febril la vida, a mi lado;  
 pasa gente, un chusco osado  
 guiña, vacía la copa  
 y entonces... ¿que viene a ser  
 de tanta sabiduría?  
 Que, a la postre, la mujer  
 paga tributo, y no es mía.

*Quiere contestar SABINO; no le deja FER-*  
 NANDO.

Pero, además... que, si vino  
 quien fuera y en su camino  
 vió la copa, y le tentó,  
 ¡la culpa la tuve yo  
 vertiendo en la copa el vino!  
 Porque, a una mujer querida,  
 le añade el amor no sé  
 qué atracción desconocida.  
 Es... la lámpara encendida;  
 luce; cualquiera la ve.  
 Y aunque te abstengas, por más  
 que decidas respetarla,  
 tú mismo la perderás...



Porque quererla es mostrarla  
 con el dedo a los demás...  
 Ya has hecho el daño: querer.  
 Tal vez logres contener,  
 mirándola, tus anhelos...  
 ¡pero, para ti, es caer  
 en un infierno de celos!

*Exaltándose hasta el final*

Celos... ¡del aire! — Por eso  
 yo, a mis años, con razón  
 de que se equilibre, al peso  
 de la edad, mi corazón,  
 dudo, y no sé todavía  
 qué va ser de ella.. Podría  
 matarla... ¡cederla, no!  
 Si hay quien se atreva, ¡antes, mía!  
 De hombre a hombre, ¡primero yo!...

SABINO

Calma, Fernando...

FERNANDO

¿Decías  
 que me confesara?... Pues  
 como confesión, ya ves  
 que es casi más que pedías.

Dos palabras y acabada;  
total, para resumir:  
¡nada... además de sufrir;  
celos... además de nada!

*Empujando a SABINO*

Y ahora, vamos... No quisiera  
sin calmarme y olvidar  
todo esto, tener que hablar  
con Juanilla... ¡Andando!

SABINO

*Con una idea*

Espera.  
¿Palomares te hace avío  
para olvidar?

SABINO

Desconfío...

SABINO

¿Por qué?...

FERNANDO

Me voy a exponer...

SABINO

Pero, hombre, ¿a qué?

FERNANDO

¡A no volver...  
teniendo tan cerca el río!

*Mientras se pertrechan para salir, aparece por la izquierda JAVIER. Cartera y papeles, para el despacho.*

JAVIER

Don Fernando...

FERNANDO

*Contrariadísimo, al verle; con física antipatía que no puede dominar.*

¿Te llamé,  
Javier?

JAVIER

No...

FERNANDO

¿Por qué has venido?

JAVIER

De París, se han recibido  
noticias: hay carta...

FERNANDO

¿Y qué?

JAVIER

Nada más, que a Don Fernando  
le podría interesar  
leerla...

FERNANDO

Más tarde...

JAVIER

¿Cuándo?

FERNANDO

*Brusco*

No sé... ¿Vas a preguntar  
constantemente?

*Una pausa: después de mirarle, con lo  
que su inconsciente antipatía crece.*

Herrerilla,  
vamos mal; no eres el que eras.  
Yo gobierno... Aunque tú quieras  
no bailo de coronilla,  
ni, porque a ti te convenga,  
dejo de entrar o salir.

JAVIER

Si es que urge... Le iba a decir...

FERNANDO

Me lo dirás cuando venga,  
¡y dale!... ¿No oyes que mando?  
De mi propia conveniencia,  
decido yo.

JAVIER

Don Fernando,  
si es que...

FERNANDO

*Cortándole la palabra*

¡Menos prepotencia  
de mocedad contestando!

*Y le vuelve la espalda. Ya cerca de SABINO que, prudente, le aguarda en la cancela, OLIVAR retrocede.*

—Dame la carta: ahora quiero leerla...

*Toma la carta que el secretario le pasa y añade:*

—y perdón, Sabino.

SABINO

Sin perdón... Yo aquí te espero...

*FERNANDO lee la carta. La devuelve al secretario. Procura que no delate su voz emoción ninguna.*

FERNANDO

Toma... Se han puesto en camino...

JAVIER

¿No hay que ir las a recibir?

FERNANDO

*Sin contestar*

Llegarán hoy... o mañana.

JAVIER

Y a la señorita Juana,  
¿qué se le debe decir?

FERNANDO

*Rápido*

Tú, nada. Yo le hablaré  
más tarde...

JAVIER

*Natural*

Así; si se entera,  
será mejor...

FERNANDO

*Estalla*

¡Aunque fuera  
peor!... ¿qué pasa? ¿a ti, qué?  
Te has llegado a figurar  
que tienes más interés  
que yo, en mis asuntos. Pues  
te vas a desengañar...  
¡Y muy pronto! Así que yo  
me decida y ponga tasa...

Tu padre, que se dejó  
los huesos en esta casa,  
¡a un pliegue, en el entrecejo,  
que me viera, enmudecía!...

JAVIER

*Inclinándose, enmudeciendo*

Muy bien...

*FERNANDO le vuelve la espalda, y sigue exaltado, explicando a SABINO, mientras desaparece.*

FERNANDO

Su padre era viejo...  
¡ni a respirar se atrevía!

*Se van, gesticulando, manoteando, FERNANDO; y SABINO asintiendo, hacia la calle.*

*JAVIER deja en la mesita de la máquina de escribir los papeles y la cartera que trae. Se sienta. Empieza a escribir. Aparece JUANILLA en lo alto de la escalera. Contrariedad viendo al secretario. Va a retirarse. Casualmente, JAVIER la ve. Juanilla, indiferente, baja. Mientras ordena la mesa, que quedó revuelta, apartando*



*periódicos, caja de cigarrillos y encendedor, etc., —lo que pertenecé a OLIVAR—del servicio de café y licores, inspecciona el patio como en busca de alguien que esperaba encontrar allí. JAVIER, escribiendo, está de espaldas. Tecléa, complaciéndose en el comentario de mecánica indiferencia con que la maquineta llena la brevísima escena muda.*

JUANILLA

*De pronto, decidida*

Diga usted...

JAVIER

*Deja de escribir; la mira*

¿Decía usted?

JUANILLA

¿Salió mi tío?

JAVIER

*Tecléa*

Salió,  
señorita.

EDUARDO MARQUINA

---

JUANILLA

¿Adónde fué?

JAVIER

*Se interrumpe*

No sé.

JUANILLA

¿No lo ha dicho?

JAVIER

No.

*Pausa. JAVIER consulta unos papeles*

JUANILLA

¿Pasa algo?

JAVIER

*Evasivo*

¿Qué ha de pasar?

¿Ni a santo de qué?... No creo...

*Vuelve a su máquina*

JUANILLA

Bueno... dejémoslo estar...  
Cállese... Por lo que veo  
no quiere usted contestar...

JAVIER

Pero...

JUANILLA

...¡Y no es cosa de hacer  
rogativas en Sevilla  
para que aprenda a no ser  
tan reservado, Herrerilla!  
Yo, no pudiendo exigir,  
no pido: soy orgullosa.

JAVIER

Nunca es tan pobre una cosa  
que no merezca un pedir;  
pero, hace usted bien: no pida.  
No tendrá que agradecer;  
y así, tal vez, podrá hacer  
lo que quiera en esta vida.

JUANILLA

Cabal...

# EDUARDO MARQUINA

---

*Toma los objetos de uso de DON FERNANDO y parece decidida a marcharse por la escalera. Antes dice a JAVIER, señalando la mesa, con las tazas y botellas:*

Hágame el favor  
de decirla a la Justina  
que todo eso está mejor  
que en el patio, en la cocina...

*Como cambiando de idea y de rumbo.  
Vuelve a dejar lo que lleva en la mano  
y va hacia la izquierda.*

—No. No le diga usted nada.  
Yo la veré.

JAVIER

Como quiera...  
Le advierto que no le agrada  
que la riñan...

JUANILLA

¡Si se enfada,  
mejor!... ¡Por la puerta, fuera!  
¡Precisamente!...

*Volviendo hacia JAVIER*

No quiero  
decirle a usted... Arriba están

las cosas que es un desván  
 aquéllo... Y yo les tolero  
 mucho, porque no me fio  
 de mozas sin alegrías...  
 Pero, de eso, no me río;  
 tengo, en el cuarto del tío,  
 trabajo para dos días...

JAVIER

No se tome ese trabajo...  
 Luego dicen mal de usted.

JUANILLA

*Aparenta indiferencia; en el fondo, he-  
 rida.*

Sí... De escaleras abajo  
 me critican, ya lo sé...  
 —¿Dicen mal... oiga usted?

JAVIER

Sí.

Con su intención. Y el veneno  
 que ponen no es baladí...

JUANILLA

*Con sincera queja*

Que no me respeten, bueno:  
¡pero, decir mal de mí!  
¿Las reprende usted?

JAVIER

No puedo,  
sin saber...

JUANILLA

¿Qué oyó decir?...

JAVIER

No me atrevo a repetir...

JUANILLA

Pues a mí no me da miedo;  
vamos, hombre... No es sentencia  
de juez... Y aunque fuera—¡a ver!—  
¿No ve usted que la conciencia  
no me remuerde, Javier?  
Yo me figuro que, cuando  
nadie ha tenido hasta aquí

que reprenderme, no es que ando  
tan mal... Ya ve: es Don Fernando,  
¡y está contento de mí!

JAVIER

Porque él no pone atención...

JUANILLA

Sí, niño... En cierta ocasión  
se enfadó, porque leía  
sus cartas... Pero tenía  
razón, le dí la razón,  
y aquello acabó aquel día.  
Después de nuestra querella,  
yo le puse buena cara;  
él lo estimó...

JAVIER

El agua clara  
convida a mirarse en ella—

JUANILLA

Sí... Al que se inclina, le ofrece  
su imagen: la estimación  
está en esa inclinación;  
y es lo que el agua agradece.

Como una, después de todo...  
 Una agradece, no es que haga...  
 Don Fernando tiene un modo  
 de dar él antes, que paga.  
 Yo, sus ropas... Yo, al salir,  
 callar y no hacerme el juez...  
 Sus chismes de fumador  
 cosa mía... ¡Con decir  
 que ni siquiera una vez  
 le falló el encendedor!...  
 Pero es que él... ¡La inclinación!...  
 ¡si hasta de vida ha cambiado!  
 Su casita, su rincón,  
 y entra una y... «niña, a mi lado».  
 Trece noches pasé horrores  
 aprendiendo el ajedrez  
 que es su juego... Alguna vez  
 le he puesto en el cuarto flores;  
 le canto coplas.— Un día...  
 —Pero, no.—

JAVIER

Siga, mujer...

Un día ¿qué?...

JUANILLA

Yo decía

que, para servirle, haría



lo que me mandara hacer  
 mal que fuese en contra mía.  
 Me miró; me dijo «¡A ver,  
 las cosas se han de probar!»  
 y fué y me mandó rezar  
 para que se le cumpliera  
 no sé qué sucio amorío.—  
 Casi lloré; me entró un frío  
 de muerte... Pero, como era  
 su gusto, olvidando el mío,  
 ¡puse dos velas de cera  
 a la Virgen del Rocío  
 que tengo en mi cabecera!..  
 Por más señas, y le hirió  
 su resplandor tan de lleno,  
 que el amorío pasó,  
 y desde entonces fué bueno...

JAVIER

Ahora, señorita Juana,  
 póngale usté al sucedido  
 la malicia, el añadido  
 de la condición humana  
 y déjelo usté rodar...  
 Lo va manchando, al pasar,  
 el fango de tantos pies  
 que es imposible tratar

de recogerlo después...  
Ponga, además, que usted, en todo,  
por capricho, o lo que sea,  
si no hace mal, busca el modo  
de que la gente lo crea;  
que es... agresiva, como un  
cristal cuando el sol le da;  
que no piensa usted, según  
pensamos todos acá;  
y... ya tiene usted una idea  
de lo que dicen de usted...

JUANILLA

¿Justina?

JAVIER

¡Todos!

JUANILLA

No crea  
que me extraña; ya lo sé...  
Pero es envidia asquerosa;  
Mujeres...

JAVIER

Y usted, mujer

*Una pausa, grave la voz*

Juanilla... ¿va usted a creer,  
si se la digo, una cosa?...  
Y no la interprete mal;  
si no la creyera justa,  
yo callaría...

JUANILLA

Me asusta;  
Pero, en fin, dígala... ¿cuál?

JAVIER

Juanilla, su salvación  
ya no es más que una: escapar  
de aquí; volverse a encerrar  
como antes en su rincón,  
y, si aún puede usted, olvidar...

JUANILLA

No es posible... Ya no puedo—  
Digo, volver a vivir  
en la aldea.— Me da miedo,  
Javier.— Aquello es morir...  
Una quietud, un reposo  
de cementerio, la aldea...  
¡Y aquí, todo, tan precioso!  
¡y allá, la casa, tan fea!—

JAVIER

¡Pues siga usted su camino!  
Pero yo...

JUANILLA

Basta, Javier.

En los ojos le adivino  
que empieza usted a recoger  
lo que, después de rodar,  
según me dijo, manchaba.

JAVIER

No tema usted; no pensaba  
volvérsele a recordar...

JUANILLA

Nunca me tuvo afición...  
¡Si no lo pudo esconder!  
Usted, el hombre del deber,  
la prudencia, la razón,  
y yo, el regatillo loco  
que, si se pega a la tierra,  
no es más que, por darle un poco  
del aire azul de la sierra,  
puestos casualmente a hacer  
la misma vida, teníamos

que chocar; no nos veíamos  
con buenos ojos, Javier;  
nos odiamos... Natural,  
un sino: el niño de Herrera  
tenía que pensar mal  
de la niña forastera.  
Pero... paciencia, hijo mío;  
no creo que es todavía  
para enterrarme—¡Aún me río,  
tengo ilusión, alegría  
y esperanza!— Si una vez  
tan apurada me viera,  
le escucharé, señor Juez...

JAVIER

Búrlese usted; como quiera.  
Yo la he querido avisar  
por lo que dicen...

JUANILLA

Favor  
que me hacen—¡Yo, puesta a hablar,  
diría más— y peor!...

*Va, riendo, al sitio donde dejó periódicos, cigarrillos, encendedor, y al desaparecer por la escalera, añade:*

No es que me enfade... Le dejo  
porque ya es tarde— Y no crea  
que echo en olvido su idea—  
Del enemigo, el consejo—

*Da un paso y concluye*

Si estoy arriba y regresa  
Don Fernando, avise usted.—  
Para esta noche, sorpresa;  
cenamos aquí; pondré  
bajo los arcos la mesa  
y haré, en el aire, estallar  
farolillos de colores...  
Cruz de mayo. ¡Cruz de amores!  
¡Ya que hablan, demos que hablar!

*Sin aguardar respuesta, vuela, escaleras  
arriba, con risa nerviosa. Todavía un  
momento parece JAVIER dispuesto a lla-  
marla. Desiste. Recoge papeles lenta-  
mente. Va a salir. Entra JUSTINA.*

JUSTINA

*Dispuesta a pegar la hebra*

Señorito Javier...

JAVIER

*Atajándola*

Te dejaste el servicio  
sobre la mesa.

# L A V I D A E S M A S

---

JUSTINA

Bueno; pero no me regañe  
¿quién no tiene un olvido?

JAVIER

*Saliendo*

Más memoria otra vez.

REFUGIO

*Entrando; pero su voz se oye antes de  
entrar.*

¿No apareció mi hermano,  
Justina?

JUSTINA

Eso pensaba: que está el patio solito;  
ni Don Fernando, ni la señorita  
Juanilla.

REFUGIO

Juanilla ha salido.

JUSTINA

Volvió. Por las rejas  
del comedor, la he visto,

con envoltorios en las manos,  
que atravesaba el zaguanciillo.

REFUGIO

La aguardo, entonces. Puedes irte;  
ya no te necesito.

*JUSTINA sigue colocando el servicio en la  
bandeja. REFUGIO acaba de colocarse,  
con calma, la mantilla que sacó a me-  
dio prender. Hay una pausa breve.*

JUSTINA

El Convento de la Adoración,  
¿dónde es? ¿Dónde estuvimos  
la otra tarde, a saber noticias,  
y entró usted sola?

REFUGIO

Cabalito.

JUSTINA

Esperaban a dos señoras  
de París. Me lo dijo  
la mandadera. Y contó que, una de ellas,  
era así, medio monja...



REFUGIO

Novicia.

JUSTINA

¡Eso mismo!

*Otra pausa. Como REFUGIO que acabó con la mantilla, se ha sentado y, mientras espera a JUANILLA, echamano a una labor de gruesa lana que habrá sobre la mesa, sin cuidarse de JUSTINA; ésta insiste:*

Las dos señoras de París

¿no serían—perdone si me atrevo a decirlo—  
la señora y la señorita?

REFUGIO

Puede ser.

JUSTINA

*Acercándose*

¿Verdá, usté? Pues entonces respiro.

¿La novicia es la señorita?

REFUGIO

¡No va a ser mi cuñada!

[ 161 ]

JUSTINA

¡Tiene gracia! Lo digo  
porque así, menos mal; aún nos queda esperanza;  
para monja del todo, ¡lástima de palmito!  
Y novicia es un comodín  
superior. Se habrá puesto el vestido  
de las monjas, pero sin serlo;  
por si acaso hubo equívoco.

*Lo ha dicho con intención. Gesto de extrañeza en REFUGIO. JUSTINA explica:*

Quiero decir, un suponer,  
que ve a un novio que hubiera tenido,  
por ejemplo; y se arreglan las cosas  
otra vez, y, ni visto ni oído;  
matrimonio tenemos; que se quita las tocas  
y que no hay nada de lo dicho.  
—¿Verdá, usté, que es así?

REFUGIO

Salvo el novio.

Puede tener otros motivos  
una novicia para arrepentirse;  
porque, gracias a Dios, no venimos  
a este mundo exclusivamente  
a tener amoríos.

JUSTINA

Le diré a ustedé, Doña Refugio...

REFUGIO

¡Aunque tú digas!

JUSTINA

Noviazgos y líos:  
no ve una otra cosa en las casas  
donde una ha servido.

REFUGIO

Pues, para mí, hay más cosas.

JUSTINA

*Riéndose*

Para ustedé... natural.

REFUGIO

¿Porque soy, como soy, y no tengo palmito  
que lucir? Pues tú cuenta los viejos,  
y los enfermos, y los niños,  
y las caras como ésta mía  
hechas a golpes o a pellizcos,

y los que han de pensar y afanarse,  
porque el mundo no anda solito,  
y si es verdad que aquí no estamos  
más que a bodorrios y bautizos,  
¡los tres cuartos del género humano  
nos hemos lucido!

*Vuelve a reir JUSTINA y, como si fuera a salir, se dirige hacia la bandeja, pero, antes, mira un instante por la cancela. REFUGIO, no oyéndola, se vuelve a buscarla y dice:*

—¿No te vas todavía? ¿Qué mirabas?

JUSTINA

Pues... eso.

¡Si llegaran hoy mismo...!

REFUGIO

A eso voy al Convento, a saberlo;  
cosa que a nadie importa... más que a ti, por lo visto  
Los demás de la casa  
van tan a gusto en el machito  
como si no tuvieran que volver de París  
las que se fueron, ¡en un siglo!  
Pero yo...

*Y acaba el párrafo, para sí, como hablando consigo misma.*

# L A V I D A E S M Á S

¡Dios me valga, no puedo más...! ¡Jugamos,  
y jugamos con fuego, y está prendiendo el cisco!

*A JUSTINA, alto*

—¿Te vas o no te vas?

JUSTINA

En seguida...

REFUGIO

Pues... ¡ea!

Luego dirá Juanilla que te vicio.

JUSTINA

*Acercándose otra vez*

Llámeme usted, si vienen y no estoy. Una cosa  
que no quiero perderme. Yo he visto  
ya, una vez, de novicia, en la casa  
de unos marqueses rancios, en Alcalá del Río,  
a la niña mayor... ¡Y daba gusto verla  
con tocas, por el patio y los pasillos,  
deslizándose... así... con el aire  
de la estampa de un libro;  
o como una estrellita del cielo  
que se hubiera caído!

# EDUARDO MARQUINA

---

*Llegó por la escalera, hace un instante,  
JUANILLA. Baja, diciendo:*

JUANILLA

¡Eso es! ¡Muy bien!

A JUSTINA

¡Sigue, mujer,  
ya que te deja la madrina!

A DOÑA REFUGIO

Y, entretanto, suba usted a ver:  
todas las cosas por hacer  
y a que las hagan otras... ¡te portas bien, Justina!  
Los rincones, estercoleros;  
la mesa grande, un revoltijo;  
con mantillo los ceniceros,  
como almáciga de cortijo;  
y, si no se me ocurre entrar,  
cerrado todo, a cal y canto,  
que el aire se puede cortar.

JUSTINA

Como usted recomienda tanto  
que no subamos a estorbar...

JUANILLA

¿A estas horas? Cuando él descansa...

JUSTINA

Si no me dicen... ¿qué sé yo?

JUANILLA

Pues tú vigila... y se acabó.  
¡Fíese usted del agua mansa!

JUSTINA

Como arriba la señorita  
ya atiende a todo...

JUANILLA

¡Desparpajo  
y frescura se necesita!  
Yo pongo el cuido: eso no quita  
para que pongas tú el trabajo.

JUSTINA

¡Ya lo pongo!

JUANILLA

Basta. ¡Acabemos!

JUSTINA

¡Cuando usted quiera! Aunque ahora, ya,  
como todo esto cambiará,

me parece mejor que esperemos.

JUANILLA

¿Qué dices?

A DOÑA REFUGIO

¿Qué?

REFUGIO

¡Déjala estar!

JUSTINA

Nada: que si esto iba a durar,  
yo me pensaba despedir,  
y que, ahora, prefiero esperar.

JUANILLA

¡Pues, por mí, búscate acomodo!

JUSTINA

*Saliendo*

Por usted, sí... Pero es que, ahora,  
como nos llega la señora,  
¡tal vez que usted no mande en todo!



*Y sale. DOÑA REFUGIO observa a JUANILLA que enmudece. Al oír la noticia, se le cambia la cara. Toda su vida ha dado una vuelta.*

JUANILLA

A REFUGIO

¿Llega tita Adelaida?

REFUGIO

¿No te ha dicho Javier...?

JUANILLA

Nada.

REFUGIO

Pues, sí... Hubo carta de Rosina hace días...

JUANILLA

¿Rosina también llega? Pero, tú, ¿lo sabías?

REFUGIO

Yo sí.

JUANILLA

¿Por qué escondérmelo?

REFUGIO

¡Quién habla de esconder!

A todas horas nos estamos viendo  
y de mil cosas tenemos hablado...  
Si eso te interesaba, no comprendo  
cómo nunca lo has preguntado...

JUANILLA

*Una pausa*

Otra vez en Sevilla, Rosina.

REFUGIO

Y ya me extraña  
no verla en casa.

JUANILLA

¿Cuándo tenía que llegar?

REFUGIO

Según su carta, pronto... Porque va a profesar;  
pero la profesión quiere hacerla en España.

JUANILLA

¿Tita Adelaida, entonces, la viene acompañando?

REFUGIO

Seguramente.

JUANILLA

Dijo que nunca volvería.

REFUGIO

Sí, cosas que se dicen sin pensar, hija mía, cuando se quiere mucho... Y a mi hermano **Fernando** le habrán querido pocas como ella le quería.

JUANILLA

¿Por qué se fué?

REFUGIO

Por eso tal vez. Cuando se quiere todo, hasta el odio mismo, se lleva con **paciencia**, pero no los desvíos... El corazón prefiere cien días de torturas a uno de indiferencia.

JUANILLA

Pues si vuelve, señal que no le quiso tanto.

REFUGIO

O señal que, de lejos, callando el egoísmo,  
las culpas de los otros las borra el propio llanto.  
Y, para el corazón que se olvida a sí mismo,  
hasta la indiferencia puede tener su encanto.

*Mientras oye, a JUANILLA parece que se le  
viene el mundo encima. Hay una pausa  
levanta la cabeza y pregunta:*

JUANILLA

¿Nosotras, nos iremos en seguida?

REFUGIO

¿Por qué?

JUANILLA

¡Mañana...! Si están ellas, nosotras dos ¿qué hacemos  
en la casa?

REFUGIO

¿Qué hacíamos antes de irse?

JUANILLA

No sé,  
pero tú serás buena, ¿verdad? ¿Nos marcharemos?

REFUGIO

*Fijándose cada vez más en la agitación  
de su ahijada:*

¿Qué te pasa, Juanilla? ¿Con quién te has disgustado?

JUANILLA

Con nadie. Pero... vámonos; no somos nada aquí.

REFUGIO

Hasta ahora, el pan comido casi lo hemos ganado.

JUANILLA

Desde ahora, ya has oído, madrina; esto ha cambiado;  
y Justina...

REFUGIO

¿Qué?

Todos se reirán de mí.

REFUGIO

¿De ti...? ¿Por qué, Juanilla?

JUANILLA

Por vengarse, quizás.  
Como a mi lado tienen que trabajar, ya ves,  
cuando lleguen sus amas, Justina y los demás  
contarán de mí horrores...

REFUGIO

¿Qué importa, si tú estás  
en tu sitio hasta entonces, y en tu sitio después?

JUANILLA

¡Me da un asco...! ¡Vivíamos tan bien en tu casita!

REFUGIO

Y ayer mismo decías que era horrible...

JUANILLA

Ahora no;

la echo de menos... ¿Vámonos?

REFUGIO

Así... ¿escapando? ¡Quita!  
¡Si un día es necesario volver, lo diré yo!  
Y no está decidido que no sea mañana;

pero será a la vista de todos. Hoy por hoy, quien me ha de pedir cuentas, no está aquí. Nadie gana no dándolas a tiempo...

*Llegó por el fondo DON FERNANDO. Desde la cancela, pregunta:*

FERNANDO

¿Qué predicas, hermana?

REFUGIO

*Volviéndose*

Nada, hermano. Decía que es tarde y que me voy.

FERNANDO

¿Dónde?

REFUGIO

Al convento de la Adoración.

FERNANDO

¿A qué?

REFUGIO

A saber si llegan; a verlas, si han llegado.

*Acercándosele*

Adelaida y Rosina.

FERNANDO

Si...

REFUGIO

Que creo que son  
algo tuyo.

FERNANDO

Es verdad; no lo niego.

*Hace rato que está preocupado, mirando  
a JUANILLA que, al verle, trató de re-  
animarse sin lograrlo del todo.*

—¿Has llorado  
tú, Juanilla?...

JUANILLA

No; tío...

*Una pausa. FERNANDO continúa, vuelto a  
su hermana.*



FERNANDO

—Yo ya te dije ayer  
que estaban al llegar...

REFUGIO

Pero creí entender  
que avisarían antes—

FERNANDO

Pues hoy lo han avisado.

REFUGIO

*Extrañeza*

Tú... ¿no irás, a esperarlas?...

FERNANDO

Yo aquí estoy, hermanilla,  
Van, creo, a ese Convento donde se hacen avíos  
para hospedarlas: celdas, camas, mesa, capilla...  
Yo no sé de estas cosas de monjas y monjíos...  
Pero creo que tengo una casa en Sevilla,  
y mi casa es la casa de todos los míos.  
Por más señas, hermana, que, como puedes ver,

## EDUARDO MARQUINA

---

hago vida en el patio, la cancela está abierta; ¡los míos, para verme, no tienen más que hacer que molestarse un poco y llegar a esa puerta!

REFUGIO

Ya lo sé.

FERNANDO

No lo digo para que tú te enteres.

REFUGIO

Lástima, entonces, que ellas no puedan escucharte. Se lo diré, Fernando, de tu parte, si quieres...

FERNANDO

¡Ya se lo estás diciendo, si quieres, de mi parte!

*Sale REFUGIO por el fondo. En muda escena durante el final de la anterior, JUANILLA ha recorrido el trecho sentimental que media entre el abatimiento, al oír la noticia que la abrumó en labios de JUSTINA, y el fino despecho zumbón con que replica a OLIVAR, al verle preocupado y molesto por el alarde de independencia de su mujer y su hija. Luego la trayectoria emocional es clara.*

FERNANDO

*En la cancela, mientras desaparece REFUGIO y pensando todavía en ADELAIDA y ROSINA.*

¡Y yo, aquí!...

*Una pausa. Al volverse y encontrarse con la cara ingenuamente agresiva de JUANILLA, se desconcierta un poco. Suaviza el tono, se acerca a ella y, natural, pregunta:*

—¿No te parece  
que he dicho bien, criatura?

JUANILLA

Sí...

*Un chispacito de sorna que hiere*

—Además, se me figura  
que estás dolido. Te escuece  
que tu niña y tu mujer  
anden solas por Sevilla.  
*Los tuyos* no han de tener  
más casa que ésta... La honrilla.

FERNANDO

¿No es natural?

JUANILLA

¿No ha de ser?...

FERNANDO

Porque, una cosa es dejar  
que la vida se nos lleve  
lo que se quiera llevar,  
y otra, uno mismo olvidar  
lo que a sí mismo se debe.

JUANILLA

Tal vez...

FERNANDO

Se apaga la brasa  
del cariño y sigue, oculto  
bajo la ceniza, el culto  
a la familia, a la casa...  
¿comprendes?

JUANILLA

*Mirándole, con ceño súbito; resuelta*

¡No! Para mí,  
nada hay que sea y no sea

al mismo tiempo: eso, aquí.  
Yo soy de pueblo: en la aldea  
no lo entendemos así.  
No hay ten-con-ten ni acomodo  
que valgan. Allí han de ser  
los sentimientos, de un modo.  
¿A querer?... ¡pues, a querer!...  
¿A odiar? ¡Pues, a odiar!... ¡del todo!

FERNANDO

¡Y aquí también!—

*Conteniéndose*

...sí el afán  
de una pasión encendida  
manda... Pero, de ese pan,  
Juanilla, es poco el que dan  
en los hornos de la vida...  
—Ven acá...

*Se miran*

¿te ha contrariado  
que regresaran, verdad?

JUANILLA *se aparta. Rehaciéndose*

JUANILLA

Ninguna contrariedad...  
Mucho menos, si a tu lado,  
las quiere tu dignidad.  
Cuando entraste, justamente,  
lo hablaba con la madrina.  
Tita Adelaida, Rosina  
regresan... es conveniente  
que nosotras nos vayamos.

FERNANDO

¡Iros! ¿Por qué?

JUANILLA

¿En qué quedamos?  
Si ellas vienen a cuidar  
de tu casa, aquí estorbamos;  
y el oncenno, no estorbar.

FERNANDO

Niña... ¿si yo te dijera  
que hoy, sin verte, no podría  
vivir?

JUANILLA

Me iría.

FERNANDO

¿Aunque fuera  
mi muerte?

JUANILLA

No lo sería.

FERNANDO

¿Qué sabes tú?

JUANILLA

Sé el afán  
conque, a Rosina, la esperas...  
Sus besos te guardarán  
de morir.

FERNANDO

¿Y tú quisieras?...

JUANILLA

*Ráptida*

¡No! Yo nada. «De ese pan...»  
Tú mismo lo has comprendido

y, en todo este tiempo, has sido  
para hablarme de morir...

FERNANDO

Todo este tiempo he sabido,  
tienes razón, resistir...

JUANILLA

*Interrumpiendo*

Pues ya ves tú...

FERNANDO

*Acotando*

¡Aunque sufriera!

JUANILLA

Más mérito.

FERNANDO

¡A no dudar!

No alenté, para no dar  
pábulo de aire a la hoguera.  
Mi único empeño estos días,  
con todas las agonías  
que a tu lado padecí,  
fué escondértelas a ti,  
por las que tú pasarías.



Y en el momento de hacer  
 el recuento de lo hecho,  
 ¡ni a sufrir tengo derecho...  
 porque no supe ofender!...  
 ¡Llama de la juventud,  
 dócil con quien la maltrata,  
 y con la estéril virtud  
 de quien la respeta, ingrata!—  
 ¡Torpeza mía, olvidar  
 que, en amor, hay que luchar  
 cara a cara, brazo a brazo;  
 que da igual, trazo por trazo,  
 ofender que acariciar  
 y que ha nacido el abrazo  
 de un instinto de juntar  
 las uñas, para el zarpazo!  
 ¡Más la yerra, quien más piensa,  
 queriendo!—En las ansias mías  
 no viera tu pena inmensa,  
 y hoy, tal vez me acusarías:  
 ¡pero, en el fondo, estarías  
 orgullosa de la ofensa!

JUANILLA

¡Cállate!—¿quién te hace hablar?  
 ¿adónde vas a parar  
 si te dejan, tío Fernando?

¡Ofensa, una sola, cuando  
se quiere!

FERNANDO

¿Cuál?

JUANILLA

¡No olvidar  
todo, puestos a querer!

FERNANDO

Dí más, Juanilla: no ser  
la fiera que va al destrozo....

JUANILLA

¿Digo eso yo?...

FERNANDO

*Siguiendo, sin oír*

...No tener  
los pocos años del mozo  
que, en su ciega acometida,  
ni aun ve la presa escogida;  
la vida manda, él la escucha;

¡más ha de darle la vida  
que la mujer con quien lucha!  
Y ese, sí; lo olvida todo  
cuando quiere —hasta el amor—,  
pero él es feliz, de modo  
que a él no se olvida, en rigor,  
¡y hace bien!

JUANILLA

Ahora faltamos  
a la verdad, porque sí...  
¿quién te ha dicho, ya que estamos,  
que nadie nos alegramos  
de que nos quieran así?...  
¡La vida, sacrificada  
por ella! Eso es, a mi ver,  
lo que agradece, halagada,  
cuando quiere, una mujer:  
y un mozo, ¿cómo va a hacer  
el sacrificio de nada?...  
¡Si empieza a vivir!... No tiene  
cosa, a su espalda, que olvide;  
viene a pedir, cuando viene;  
siempre está pobre el que pide,  
y es el galán de las flores,  
del hablar y el requebrar...

¡Aire... que al aire va a dar!  
¿qué recuerdos ni qué amores  
podría sacrificar?...

*Abstrayéndose. sin mirar a DON FERNANDO; como si hablara consigo misma.*

Todo su brillo azogado  
de espejo nuevo, en la tienda,  
lo doy por el empañado  
del que envejeció, colgado  
de un muro, en una vivienda...  
Por buscar, en sus rincones,  
tantos recuerdos humanos,  
y entre dulces maldiciones,  
por borrar las inscripciones  
que escribieron otras manos...  
Doy todas las ondas llenas  
del pelo crespo del mozo,  
por el temblor de sollozo  
de una cana, vista apenas,  
cuando blanquea en la mata  
de una cabeza querida,  
¡y es... el camino de plata  
por donde pasó una vida!...

FERNANDO

¡Juanilla!...

JUANILLA

Pero... ¿a qué hablar  
por hablar?... Te has empeñado  
en que yo no era, a tu lado,  
más que la niña, a quien dar  
un consejo, y si olvidaba  
su papel, una lección.  
¡Rosina, acertó, que hablaba  
de mi mala educación!  
Y, por lo visto, eso fui;  
la niña mal educada,  
que hace reir; una ahijada  
de tu hermana... para tí,  
que ibas a tus cosas... ¡nada!

*JUANILLA va a salir. Su decisión, como la  
de FERNANDO, es, seguramente, firme y  
por completo ajena a lo que, sin em-  
bargo, ocurre en el acto. FERNANDO,  
casi con timidez, procura detenerla;  
discuten; insisten y acaba por caer  
JUANILLA en brazos del hombre.*

FERNANDO

*Deteniendo a JUANILLA, la mano en el  
brazo, suavemente.*

¡Juanilla!

JUANILLA

*Estremeciéndose: ruego*

Déjame estar.

FERNANDO

*Con mayor decisión: sujetándola ambos  
brazos.*

¡No quiero!

JUANILLA

*Con menos instancia*

Te va a pesar  
enseguida.

FERNANDO

¡Me ha pesado  
lo que sufrí demasiado,  
para que vuelva a dudar!

*Casi ha logrado abrazarla*

JUANILLA

*Sin resistir ya*

¿Pero no piensas?...

FERNANDO

No quiero  
pensar... Deja... Dios dirá...

Ya, aunque muera, si me muero  
queriendo, ¿qué más me dá?  
Tú habrás sido la ocasión  
de mi muerte, y tu pasión  
el puñal fino; de modo  
que, en justa compensación,  
me enterrarán, alma y todo,  
dentro de tu corazón...  
¡A no pensar y a morir,  
Juanilla, gustosamente,  
sin quejarme!...

JUANILLA

*Como una queja*

Sin mentir...

FERNANDO

¿Yo?... ¡Si eres tú la que miente!  
Dios te hizo tan embustera  
que, para más engañar,  
quiso que tu carne fuera  
nuestra, por dentro y, por fuera,  
de tierras allá del mar.  
En el alma, lo genuino  
de casa, y, echando luz  
en el pelo, ese oro fino,

que nunca ha sido andalúz...  
¿Qué pirata marineró,  
de que Inglaterra lejána,  
vino un día al hervidero  
de la feria sevillana,  
y esmaltó de porcelana  
tu carne de jazminero?

*Ha ido oscureciendo. Logró FERNANDO  
abrazarla.*

Contesta... No, sin hablar.  
Mírame... ¡Así!... Por lo menos  
hiere bien; sin vacilar.  
¡Los peores, los venenos,  
que no acaban de matar!

*Despacio, tomando su cara entre sus  
manos pregunta, como rogando.*

¿Mía?

*La besa. Llenan una breve pausa los ru-  
mores de la servidumbre, acercándose.  
FERNANDO y JUANILLA, bruscamente,  
se separan. Alguien abrió la puerta de  
la izquierda penetrando en el patio.*



JUSTINA

*Que fué quien abrió y a quien rodean  
dos o tres personas más de la servi-  
dumbre, a DON FERNANDO, que acaba  
de dar vuelta al interruptor para ilu-  
minar la escena.*

¡Señor!

FERNANDO

¿Tú? ¿Qué pasa,  
Justina? ¿A qué el griterío?...

JUSTINA

*Viendo a JUANILLA, con intención en todo lo  
que dice.*

¡A que hoy se llena el vacío  
que teníamos en casa!  
¡Las acabamos de ver,  
desde la azotea, ahora,  
que llegan!...

FERNANDO

¿Quién?

JUSTINA

¡Quién va a ser!  
¡la monjita... y la señora!

*Ha ido hablando sin detenerse casi y ya están en el zaguán ella y las demás, desapareciendo en cuanto dice las últimas palabras.*

FERNANDO y JUANILLA *se miran...*

*Aparece en la cancela, sola, destacada del grupo que aún queda en la calle, ROSINA, las tocas blancas, el aire de una aparicióncita dolorida, tendiendo a su padre los brazos, sin poder hablar.*

*Adivinándola y olvidándolo todo, al verla, FERNANDO corre hacia su hija, gritando, llorando casi, su nombre:*

FERNANDO

¡Rosina!

ROSINA

*Abrazándose*

Papá... ¿qué esperas?  
Mamá, llega... Y yo quería  
que a recibirla salieras...

*Tirando de él*

¿Vienes?

DON FERNANDO

*Siguiéndola*

¡Sí!... ¡Voy, hija mía!

*Desaparecen ROSINA y su padre hacia la calle. Sola, en escena, JUANILLA, siente el desplomarse de su felicidad, cuando creía tenerla en sus manos. Corre hacia la cancela, donde se detiene, impresionada, seguramente, por lo que ve.*

JUANILLA

¡Fernando!

*Pausa*

¡Si no ha podido!...

¡si es de ellas!... Y, ahora, el olvido...  
la vergüenza... el abandono...

—Pero... ¿por qué me has mentido?...

¡Nunca, ya!... ¡no te perdono!

*Quiere arrancar unas rosas de un rosal, que habrá junto a la cancela. Tan brusco y frenético es el gesto que todas las flores vuelven sus hojas sobre JUANILLA. Esta, ciega, echa a correr en dirección a la lateral de segundo término izquierda. Pero en dicha puerta acaba de aparecer JAVIER, que la detiene.*

JUANILLA

¡Paso, Javier! ¡Deje usted!

JAVIER

¡No!

JUANILLA

¡Sí!

JAVIER

¿Qué intenta?

JUANILLA

¡Ganar

el patinillo, escapar,  
salir de aquí...

JAVIER

Y después... ¿qué?

Mañana, por decidida  
que usted se figure estar,  
aunque se esconda, a pesar  
de usted misma, él, que no olvida  
tan pronto, la ha de encontrar.  
Y... fuera de aquí, indefensa,  
queriéndole y a su lado  
menos airada que piensa,  
usted misma habrá buscado  
la impunidad de la ofensa...

*JUANILLA nota la emoción de JAVIER. Como la desesperación agudiza el instinto, adivina lo que nunca entendió.*

JUANILLA

Y eso... a usted... ¿le hace sufrir?

JAVIER

No sabe usted qué pregunta:

¡toda la tristeza junta  
del mundo, es poco decir!—

JUANILLA

*Con fulgor en los ojos*

¡Comprendo, entonces, Javier!  
¿Tengo algo con qué pagar  
su apoyo?—¿quiere usted ser  
quien defienda, en mi lugar,  
mis flaquezas de mujer?  
Pues... ¡ahora sí! ¡Dios me oyó!  
¡toda mi vida, a pedazos,  
rómpala usted, entre sus brazos!  
¡Pero, él no! ¡Ya, nunca! ¡El no!...

JAVIER

Juanilla... No entendió usted—

JUANILLA

*Odio mortal*

¿Entonces, por qué ha mentido?—

JAVIER

Salga usted; yo seguiré  
sus pisadas, convencido  
de que nada he de lograr

porque nada he de pedir...  
Lo que quiera usted mandar  
lo cumpliré, hasta morir;  
—mi vida entera hace ya  
mucho tiempo que me pesa;  
y dársela a usted, será  
como el que promete y dá  
cumplimiento a una promesa,  
pero, al pago conquie usted  
me injuria, desesperada,  
por vengarse... renuncié  
de antemano...

JUANILLA

Entonces, ¿qué?

JAVIER

*Con toda su grave alma en lo que dice*

¡Yo esclavo y usted salvada,  
por nada!... ¿Oye usted? ¡Por nada!

*Alegres voces de los que llegan, por la cancela. Y la voz de DON FERNANDO llamando:*

FERNANDO

¡Juanilla!

*JUANILLA comprende que perder un instante será dejar que su corazón la traicione y someterse a todo: corre a JAVIER, se apoya en él y le insta, decidida:*

JUANILLA

¡Sálveme usted!

JAVIER y JUANILLA *huyen por la lateral izquierda, segundo término, cuando Tita REFUGIO y todo el grupo familiar penetra en el patio.*

TELON

## ACTO TERCERO

La misma decoración.

Primeras horas de una clara mañana de Mayo.  
En escena ROSINA, que, bajo los arcos del fondo, con delantal y manguitos sobre el hábito blanco, desempolva y lustra los oros y pinturas del viejo altar en forma de tríptico que ocupa el centro de la pared. JUSTINA, al principio, la ayuda. Luego se va, cuando se indica.

ROSINA

*Entregando a JUSTINA el vasito de cristal  
de la vieja lamparilla de plata.*

Viérteme, de la aceitera,  
con qué llenar este vaso.

JUSTINA

*Tomándolo*

Sí, señorita... Y, de paso,  
traigo el mantel...



ROSINA

Cuando quiera

yo iré a buscarlo; es mejor;  
porque antes he de lograr  
que vuelva, el oro, a' color  
que siempre tuvo en mi altar...

*Empieza, efectivamente, a frotar los oros y adornos del tríptico.*

—¿No es tarde?

JUSTINA

*Que ya iba a salir por el fondo izquierda, volviéndose.*

Hace poco han dado

las ocho...

ROSINA

Pues, date prisa.

*Ha salido JUSTINA. Baja por la escalera DON FERNANDO y parece dirigirse a las habitaciones de REFUGIO. El trajin de ROSINA, desempolvando el altar, le hace volver la cabeza, fijarse en su hija y cambiar de idea y de rumbo. ROSINA, a su vez, al ruido de las pisadas de su padre, vuelve la cabeza y, con sorpresa agradable, pregunta:*

—¿Qué te pasa?... ¡Has madrugado,  
papá!—

FERNANDO

*Resativo*

Sí...

ROSINA

¿Vienes a misa?

FERNANDO

No puedo.

ROSINA

*interrumpiendo su tarea y acercándose a él,  
gozosa de esta charla.*

Pues yo, es preciso  
que vaya a la Adoración  
a oírla. Es la condición  
que pusieron al permiso  
de pasar aquí estos días.  
Mamá me acompañará.

FERNANDO

Natural...

*Una pausita*

ROSINA

¿La has visto ya?

FERNANDO

No he podido...

ROSINA

*Κάπια*

Ahora podrías  
entrar a verla...

FERNANDO

¿Y dejarte?  
Ni debo, ni quiero...

ROSINA

Justo:  
tu voluntad tiene el arte  
de querer siempre a tu gusto.  
Ahora «ni debo, ni quiero»;  
pero, hasta ayer, has querido  
dejarme allá un año entero...

FERNANDO

Tú te marchaste primero...

ROSINA

¡Si no me quejo!... He vivido  
mucho. Sufrir y callar  
enseñan a meditar;  
de modo que hasta he cambiado  
de genio...

FERNANDO

¡Eso es!... Más juiciosa  
Más grave... Menos mimosa;  
pero más franca: has ganado.

ROSINA

Para los demás, no sé.  
Desde luego, para mí,  
sí que he ganado. Aprendí  
que, en este mundo, no hay más  
que no pensar una en sí  
constantemente, dolida  
de la indiferencia ajena,  
para que no te dan pena  
los desaires de la vida.  
La costumbre del convento...

FERNANDO

¿Qué costumbre?

ROSINA

No creer

que estás allí a merecer  
sino a servir. No hay contento  
como el que te da cumplir  
con tu deber, acabar  
un trabajo y no esperar  
lo que no suele venir;  
el bien has de hacerlo allí,  
sin recompensas que halaguen  
tu gusto; por Dios... Y así,  
tu bien, aunque no lo paguen  
los demás, te paga a ti.

*Su padre la oye, sonriendo, agraciado. Ella,  
un poco avergonzada del largo párrafo,  
dice, como enfadándose:*

¿Ves tú?—Me dejas hablar,  
y yo, por disimular,  
me pongo a predicadora!—

FERNANDO

¡Sor Angélica se había

de enterar, y te ponía  
de plantón, por habladora!

*Rien una y otro. Entra en escena ADELAI-  
DA, vestida para salir a misa. Deja en  
algún mueble la mantilla que lleva en  
la mano, el rosario, el libro.*

ADELAIDA

¿Salimos, Rosina?—

ROSINA

Aún no.

ADELAIDA

¿Te falta mucho?—

ROSINA

No tanto;  
prenderme, de un vuelo, el manto  
que la Madre me ordenó,  
y antes... ya ves tú.—

*Mostrándole el paño que aún tiene en la  
mano.*

¡Frotar!...

No me cuidaron mi altar

mientras estuvimos fuera.—

*Volvíase hacia el fondo y a su ocupación de antes:*

¡Qué difícil, merecer  
lo que mereció, al volver,  
Margarita, la Tornera!

*Durante la primera parte del diálogo que sigue, se ve a ROSINA ir y venir por el fondo; no oye lo que se dice en primer término, y arregla su altar.*

FERNANDO

*Viéndola atejarse, y como una reflexión que hiciera en voz alta.*

No es la misma...

ADELAIDA

*Acercándose a su marido*

Y si pensaras  
en ella, más cambiaría.—

*FERNANDO que la oye sin oírla hace intención de dirigirse a la escalera. ADELAIDA, insiste, sin levantar la voz, pero apremiando.*

Fernando, me gustaría  
por tu hija que me escucharas.—

*Una pausa. FERNANDO regresa; se sienta  
muy en primer término y ADELAIDA  
ídem, cerca de él.*

FERNANDO

Habla.

ADELAIDA

No es la misma que era;  
pero no es feliz. Y yo  
creo que habría manera  
de aconsejarla, si erró  
la senda...

FERNANDO

*Interés*

Yo puedo...

ADELAIDA

Espera.

Sí; pasó aquel descontento  
que no la dejaba ser  
amable, dulce, un momento;  
su mimo; el resentimiento  
de la niña, que es mujer  
y advierte que está empeñada



de tiempo atrás la partida  
y que llega rezagada  
porque nadie, para nada,  
contó con ella en la vida;  
la acidez virgen, capaz  
de hacer, bajo su corteza,  
tan áspera la pureza  
de los frutos en agraz.  
Sufrió, de veras, un día  
y, a su modo, se diría  
que este mundo que le daba  
tal pago, no merecía  
lo que por él soportaba. —  
Fué nuestro viaje, el Convento;  
fué ver, con el pensamiento,  
la vida, a una luz mejor;  
su infantil resentimiento  
se le convirtió en dolor.  
Y el dolor es como el agua  
para la tierra; a su acción  
despierta, se nutre y fragua,  
formándose, el corazón.  
Yo, al dejar mi propia cuita  
de lado, para vivir  
con ella, empecé a sentir  
su tragedia pequeñita;  
pero «poco» es «mucho», cuando

padece una hija inocente.  
 Y pensé en ti, amargamente,  
 viéndola sufrir, Fernando.  
 Y olvidé lo que te había  
 dicho; volví a desear  
 la casa, tu sombra, al dar  
 con su infortunio, aquel día;  
 porque temí que, tal vez,  
 por nuestra querella odiosa,  
 fuera manto de viudez  
 su velo de religiosa.  
 Nada, si quieres... Cariños  
 que ella quería esconder;  
 tú sabes que, cuando niños,  
 hubo algo, entre ella y Javier.  
 Y a mí me habría gustado;  
 no te lo niego; a ti, más,  
 porque el muchacho es tu ahijado...

*Con violencia brusca que no puede disimular, FERNANDO la ataja, exclamando:*

FERNANDO

No, Adelaida. ¡A mí, jamás!—

ADELAIDA

*Atemorizada y extrañada*

¡Bien!— No sabía.—

FERNANDO

*Descompuesto, conteniéndose sin embargo*

No hablemos:

será mejor.

ADELAIDA

*Triste, excusándose*

Me engañé...

FERNANDO

¡De seguro!—

ADELAIDA

Pues ya sé  
que se nos va... La perdemos.

*Hace un instante que ROSINA vino con la mariposa preparada, encendió la lamparilla del altarcito y se persignó. Luego ha tomado en la mano su manto doblado y ha desaparecido definitivamente por el fondo izquierda.*

FERNANDO

¡Pues la perderemos ya

que es descastada y que, cuando  
sueña absurdos, se nos va  
por no despertar!...

ADELAIDA

¡Fernando!

¡Que, con la vida que llevas,  
digas eso!— No hay razón.  
¿Ella, ingratitud?.. ¿Qué pruebas  
le diste, de tu afección?

Aparte todo... ¿no ves  
que está *celosa* de ti?

¿que, si hizo otros sueños, es  
porque ya no encuentra aquí,  
sitio en que estar a tus pies?

Para tu vida, los días  
de la juventud... hoy, no.  
Entonces, si me ofendías,  
Fernando, eran cuentas mías;  
la única víctima, yo.

Ahora... ¡Dios no le consiente  
bajeza, a un padre, o pasión  
mezquina, cuando, inocente,  
puede su hija, con la frente,  
llegarle hasta el corazón!

La hija manda. Necesita  
de su padre, el cuido tierno

de una espiga, en su exquisita  
niñez: el campo, en invierno,  
ni aun viva; calla, medita,  
reza ¡y si puede, con nieve,  
cubrirse entero, mejor!  
¡Todo eso ayuda al candor  
de tanta espiga que bebe,  
lavado en lirios, su amor!

*Transición*

—Pero, a ti, no te acomoda  
que haya, en la vida, estaciones...

FERNANDO

¿Quién te ha dicho?...

ADELAIDA

No: ¡a ti, toda  
la vida, estragos, pasiones!

FERNANDO

¿Qué sabes tú, si has vivido,  
sin verme, un año?

ADELAIDA

Al volver  
Fernando... ¡es tan fácil, ver

la senda por donde has ido!  
 Todas las cosas cambiadas  
 de como yo las tenía;  
 y no porque sí; ajustadas  
 a una pauta... Se diría  
 que, al tocarlas un momento,  
 la mano que las llevaba  
 temblando, las contagiaba  
 de su propio sentimiento.

FERNANDO

Apenas llegaste ayer,  
 y ya estás viendo visiones...

ADELAIDA

¡Si encuentro, hasta en los rincones,  
 la sombra de otra mujer!  
 ¡Tu cuarto!...— Anoche, he querido  
 visitarlo...— ¿Era cruel,  
 verdad?— Tú habías salido,  
 tu hija dormía. Sin ruido,  
 subí, a tientas y entré en él.  
*Quien fuese*, lo cuidaría  
 pensando en ti. Y ha logrado  
 que estés tú, allí, retratado,  
 como una niña podría

soñarte; tú mejorado;  
 lo mismo que yo te habla,  
 también de niña soñado.  
 Lujo y desorden, no obstante,  
 tu gravedad española;  
 damasco, a pliegues, que errante,  
 veta de luz tornasola;  
 gran sillón, Cristo sangrante  
 y, en un búcaro, una sola  
 rosa roja... ¡tu aureola  
 de mujeriego brillante!...

FERNANDO

Pase, por mí, si has querido  
 pintarme... favorecido.  
 Pero, de eso, a pretender  
 que ande en ello otra mujer,  
 va un trecho, que no has debido  
 sin más pruebas, recorrer.

ADELAIDA

No es sólo tu cuarto, a hablar,  
 Fernando. La casa entera  
 callaría, si supiera  
 lo que deja adivinar...  
 Para no darme ocasión

de entrever lo que no sé,  
callaría, en tu rincón.  
de siempre, esa silla, al pie  
dispuesta, de tu sillón.  
Y en tu mesa, voz casual  
de intimidad, callaría  
la plata de ese dedal;  
y, a tu espalda, aquel rosal  
que habla a gritos, no hablaría.  
Tendría la caridad  
de esconder, a unas miradas  
que aún dudan, la tempestad  
de sus rosas destrozadas;  
la pasión, que, como va  
ciega a conseguir su anhelo,  
sacude el arbusto, y da  
¡sangre de flores al suelo!...

FERNANDO

*Exaltación*

¡Basta!—

ADELAIDA

¿Por qué?

FERNANDO

¡Falso, cuanto  
digas y puedas pensar!



ADELAIDA

Si es falso... ¿por qué no hablar?...

FERNANDO

¡Porque, al negar, sufro tanto  
que no quisiera negar!...

ADELAIDA

*Sin acabar de comprender; con dolor y con  
asombro y duda.*

¡Fernando!...

*Calla: viene por el fondo, prendido ya su  
gran manto negro, ROSINA. Satisfecha,  
señalando al altar, dice a su madre:*

ROSINA

¿No está mejor  
mi altarcito?...

ADELAIDA

*Conteniéndose*

Sí, hija mía...

*Va en busca de su mantilla y empieza a  
prendérsela. ROSINA, vuelta a su padre,  
sigue preguntando:*

ROSINA

¿Te parece?... Aún le pondría,  
si pudiera, alguna flor.  
Pero, este Mayo, anda mal  
de flores. La violencia  
lo tronchó, de un vendaval,  
o es que tampoco, en mi ausencia  
cuidaron de mi rosal.

FERNANDO

*Abrazándola; dominándose, pero con una  
imperceptible emoción de tristeza.*

Tampoco... Pero hoy que veo  
que mi hija las necesita  
para su altar, el deseo  
se te cumplirá, nenita.  
Voy ahora mismo, a pensar  
en ello; y te haré llenar,  
el patio, de tantas flores  
que parecerá tu altar  
juna barquita, en el mar,  
sobre espumas de colores!

ROSINA

Buenas palabras, sí tienes;

y así siempre quedas bien...

*A su madre*

¿Vamos?

ADELAIDA

Ya estoy...

ROSINA

Yo también.

Papá, y tú, ¿por qué no vienes?

FERNANDO

Yo os acompaño hasta el coche...

*Da el brazo a su hija y deja salir antes a  
ADELAIDA.*

Y así, de manto, y galán  
como aún soy yo, te creerán  
mi tapada de esta noche.

ROSINA

¡Cállate!...

FERNANDO

Pues, otra cosa:

creerán que, por gusto mío,  
con esta mañana hermosa,  
saco a la calle una rosa  
para que tome el rocío...

*Desaparecen por la cancela los tres. Un breve instante, la escena sola.*

*Vuelve a entrar, por la cancela, DON FERNANDO. Solo ya, sin necesidad de fingir, rostro, ademanes y expresión cambiaron totalmente en este lapso, a punto de parecer que ha envejecido en pocos minutos como si hubieran sido muchos años. La primera acción de FERNANDO es cerciorarse de que no hay nadie en el patio. Se dirige entonces hacia la derecha primer término. Todavía, antes de llegar, se arrepiente. Vuelve al centro y llana en el timbre, dos veces, espaciándolas. Espera. Entra JUSTINA, por el fondo. Contrariado, más que extrañado, pregunta:*

FERNANDO

¿Justina?—¿No está Javier?

JUSTINA

No ha llegado todavía.

FERNANDO

Ya es su hora.

JUSTINA

Sí; ningún día  
tarda tanto.

FERNANDO

*Con energía. Dando la orden sin mirar a*  
JUSTINA.

Es menester  
que yo hable con él: de modo  
que le dirás, al llegar,  
que entre. Tenemos que hablar.

JUSTINA

¿Es todo, señor?

FERNANDO

*Pausa*

No es todo.  
—Llama a Juanilla...  
La ví  
con su madrina...

JUSTINA

*Acercándose, como para salir por dicha la-  
teral.*

Ya sé.

*Deteniéndose*

No hace falta. Viene aquí  
precisamente.

FERNANDO

*Despidiéndola con el gesto*

Pues ve.

*Se va por el fondo izquierda ROSINA. Una pausa. FERNANDO, que al principio esperó ansioso, clavados los ojos en la lateral derecha, los aparta luego, y vuelve la espalda fingiendo indiferencia y tranquilidad absoluta. Entra en escena JUANILLA, pensativa, triste. Ve a FERNANDO, con quien, a semejantes horas, no esperaba encontrarse en el patio. Procura volver sobre sus pasos.*

JUANILLA

*Como diciéndoselo a sí misma*

¿Aquí, a estas horas...?

*Es ahora cuando intenta retroceder, FERNANDO se vuelve y hablando la detiene.*

FERNANDO

Temprano,  
Juanilla. No es para menos

el caso... Dame la mano,  
mujer...

*Ni habla JUANILLA ni se mueve*

¿Ya no somos buenos  
amigos?

*Acercándose a ella: bajando la voz*

¿Qué...? ¿Salió mal  
la escapatoria?

*JUANILLA baja la cabeza dominando, al mismo tiempo, un sollozo que rompe silenciosa.*

No llores  
todavía; eso al final.  
Yo hablo tranquilo y sé, igual  
que tú, lo que son dolores.  
Pero, deseo saber,  
además—y no por mí—  
saber lo que haya de ser,  
en adelante, de ti.  
Para eso, hablar. Digo yo  
que tendrás una manera  
de explicarlo todo... ¿o no?  
Porque, lo que no ocurrió,  
lo mismo que si ocurriera,

¿verdad?...—No sé de qué modo  
vais a seguir en Sevilla,  
y en mi casa; sobre todo  
no estando a gusto, Juanilla.

*Sigue ésta sin hablar. Más duro y después  
de esperar, FERNANDO pregunta:*

—¿Dónde os detuvo mi hermana?

JUANILLA

¿No habló usted con ella?

FERNANDO

Sí...

Muy cerca. Y ya sé que, a ti  
se te hizo nieve la grana  
de las mejillas, y que  
temblabas toda, al gritar:  
«¡No quiero, le ha de pesar,  
ya me fuí, no volveré!»  
Se agolpó gente a la puerta  
del patinillo, te viste  
sin salida y... descubierta  
por descubierta, volviste.  
Lo demás, nada. Tu ausencia,  
que fué breve, inadvertida



de todos; una dolencia  
que se inventó, y, reclusa,  
sola, en tu cuarto, has podido,  
hasta hace poco, pensar  
tus cosas; yo no he querido  
que te fueran a estorbar.  
Es más: si te contraría  
que hablemos, puedes salir...  
o quedarte y prescindir  
de mí. La impaciencia mía,  
ya te he dicho, es por saber,  
en adelante, qué haremos  
contigo; y no es menester  
para eso que tú y yo hablemos.  
Ahora he llamado a Javier.

JUANILLA

No le hace falta: vendrá.

FERNANDO

¿Te lo dijo?

JUANILLA

¡Demasiado  
que, desde ayer, lo he pensado!  
Deje usted... No faltará.

No le puede remorder  
la conciencia. El ha sabido,  
una vez más, proceder  
conforme con su deber,  
y hasta le honra el sucedido.

FERNANDO

Lo presumía, Juanilla;  
para eso le hice llamar;  
sé que, puestos a contar,  
le debo mucho a Herrerilla;  
¡mucho!

JUANILLA

¡Así no, Don Fernando!  
Yo le conozco; yo sé  
que finge y me engaña hablando  
sin quejarse. Ya ve usted  
que yo misma he comprendido  
que hice mal; que ya no soy,  
en esta casa, hoy por hoy,  
lo que antes había sido.  
Creo que es por culpa mía  
también, y tanto lo creo  
que ni me atrevo al tuteo  
de otras veces... No podría...

Supone usted—con razón,  
se dirá—que pudo ser  
que, a la vez, mi corazón  
lo diera a usted y a Javier.  
Tal parece. Es su derecho  
pensarlo. Y entonces, ¿cómo  
me ve usted y tiene el aplomo  
de no partirme en el pecho  
mi mala acción? ¿Cómo puede  
fingir, domimarse tanto,  
si a mí, que traje el quebranto,  
no hay voz que no se me enrede  
con los sofocos del llanto?

*Una pausa*

FERNANDO

¿Sufres?

JUANILLA

¿No ve usted que sí?  
Y ahora más que nunca, al ver  
que es usted el mismo de ayer,  
y que yo...

*Calla, sin saber cómo acaba*

E D U A R D O M A R Q U I N A

---

FERNANDO

Juanilla, dí:  
¿le quieres mucho a Javier?

JUANILLA

*Revolviéndose, como si la injuriara*

¡Don Fernando!

FERNANDO

No te enfades...

JUANILLA

¿Quererle yo?

FERNANDO

Puede ser  
que le quieras, sin saber ;  
son ciegas las voluntades ;  
yo sé de eso...

JUANILLA

Pero yo...

FERNANDO

Tú y Javier, ya estábais fuera  
de casa... ¿Puedes, siquiera,  
decirme lo que pasó?

JUANILLA

Sí, puedo. Que no soy mala;  
que las vi; que, como un viento  
con arenas, el tormento  
de los celos, ciega y tala;  
y que yo estaba, después  
de lo que hablamos aquí,  
fuera del mundo; no vi  
camino para mis pies...  
Con ellas no iba a luchar;  
resignarme y padecer,  
aún menos... Quise escapar...

FERNANDO

Y se interpuso Javier.  
¿Qué te dijo?

JUANILLA

El nada, a mí,  
que no mereciera yo;

me aconsejaba; yo fui  
 la que, no sé cómo, habló.  
 Vengarme de usted quería;  
 devolverle a usted la hiel  
 del desengaño; hacer de él  
 mi venganza, si podía.  
 Fué... como la vena loca  
 del agua que, en las montañas,  
 salta, partiendo una roca;  
 ¡verle, y saltarme a la boca  
 todo el mal de mis entrañas!  
 Mi única consolación,  
 lo que era de usted, tirarlo  
 como a los perros, y darlo  
 para su satisfacción  
 a nadie, a un hombre, el primero  
 que, volviéndome, encontré.  
 ¿Javier? Pues, Javier,.. y ¿qué?  
 ¡Ni me quiere, ni le quiero!

FERNANDO

*Después de una pausa larga, dominándola*

Cuando acabaste de hablar,  
 se apresuraría a hacer  
 promesas...

JUANILLA

Una. Javier  
no es hombre de ponderar.

FERNANDO

¿Pero una... la más sagrada  
seguramente?

JUANILLA

Así fué.  
Que iba a guardarme de usted  
y a defenderme... por nada.

FERNANDO

*A quien impresiona lo que oye*

¿Por... nada?

JUANILLA

Luego, al salir  
tita Refugio a buscarme,  
él fué el primero en instarme:  
«Por nada... ¿para qué huir?»  
Era cierto. Y se veía  
claramente en la mirada

de Javier, serena, fría,  
que, a la postre, él no quería  
perderlo todo... por nada.  
Ya sabe usted.

FERNANDO

¿Habrá querido  
hablarte, luego?

JUANILLA

El se fué,  
sin decir más, cuando entré  
con Refugio...

FERNANDO

Y... te ha dolido.

JUANILLA

¿A mí? ¿De él? ¡No; Don Fernando!...  
Yo, de antemano, sabía  
que Javier me aborrecía...  
No pude olvidarlo, cuando,  
sin que entrara el corazón  
en mi oferta, le busqué  
de tabla de salvación,



para guardarme de usted.  
 Bien claro se lo advertí;  
 mi intención no la ocultaba;  
 él sabía, si aceptaba,  
 lo que iba a encontrar en mí  
 y qué harapos recogía...  
 ¡Mayor desprecio le hacía  
 cayendo en sus brazos yo,  
 que él, a mí, si los abría!...

FERNANDO

Pero... como él no aceptó...

JUANILLA

*Después de una pausa*

No; Don Fernando.

FERNANDO

¿Tú ves?

JUANILLA

Sí, señor... Que él me ha podido;  
 que me hizo el desaire. Pues,  
 bien, poca cosa es, después

de lo que yo he merecido.  
Si él acepta, hoy no viviera,  
tal vez, yo.

FERNANDO

¿No pudo ser  
que, por quererte Javier  
de verdad, no consintiera?

JUANILLA

¿Javier? ¿A mí?... No, señor...  
¿Cómo iba...? ¿No sabe usted  
que él me ha visto con rencor  
en casa, desde que entré?

FERNANDO

No, Juanilla; no sabía...  
No caí... Pero, además,  
¿por qué motivo...?

JUANILLA

Quizás  
por celos que me tendría...  
Como es ahijado de usted,

y era, aquí, el niño mimado,  
le amargó verme a su lado.

FERNANDO●

Tal vez...

JUANILLA

Desde que llegué  
me puso el veto, pensando  
que iba a quitarle su viña.  
Y, a cada momento: «niña,  
déjele usté a Don Fernando.  
Yo le sirvo».

FERNANDO

Era verdad;  
para eso pago a Javier.

JUANILLA

Y eso, ¿tenía que ver  
con mi buena voluntad?  
«Llámele usté Don Fernando;  
no hay parentesco». Y yo, «tío».  
«No es bueno el tuteo, cuando  
lo oye gente; el mujerío

sale, después, criticando...»  
Y yo, de «tú». «Niña, vea  
que aquí estorba; el tiempo pasa,  
Y usted hace falta en la aldea:  
¿por qué no vuelve a su casa?»  
Y yo: «No me gusta; es fea,  
y esto, hermoso». No tenía  
más que acosarme imprudente  
para hacer yo, justamente,  
¡lo contrario que él decía!...  
Porque no imagine usted  
que era bondad, Don Fernando;  
cariño, aún menos...

FERNANDO

*Evasivo, observándola*

Ya sé...

JUANILLA

¡Ganas de ponerme el pie  
sobre el corazón, mandando!  
Pero, yo...

FERNANDO

*Rápido*

Tú disponías

de mí... ¿verdad?... Tú sabías  
que ibas a darle más pena,  
si con más fe me servías...

JUANILLA

*Excusándose, instintivamente*

Y al lado de usted, era buena.  
Que es lo que él no fué capaz  
de entender, atormentado  
de envidia: el gusto, está paz  
que encuentro en usted, a su lado...

FERNANDO

¿Y al lado de Javier, no?

JUANILLA

Y al lado de él... ¡qué se yo!...  
Tanto hablarme del deber,  
y el mal que pensé, a Javier  
se lo debo, ¡de él nació!...  
Porque él que es rígido, fiel  
para usted, siempre, envenena  
lo que dice con la hiel  
que pone: joyéndole a él,  
dan ganas de no ser buena!

FERNANDO

¡Juanilla!

JUANILLA

La imposición,  
o la exigencia... No sé.  
Yo sé que, cerca de usted,  
quemaba mi corazón,  
claramente, como un cirio,  
y que, llegando Javier,  
me condenaba al martirio  
de no dar llama, y arder.  
¿Por... qué?

FERNANDO

*Después de una pausa; dulce y triste, como  
si ahora leyera en el corazón de JUANILLA  
su propia sentencia.*

Porque, al lado mío,  
—tú, en tu silla—era el descanso,  
la serenidad del río  
que se espeja en un remanso;  
pero, al lado de Javier,  
¡la conmoción, el salpique  
de espuma y fango, al romper  
contra las piedras de un dique!...

JUANILLA

*Arranque*

¡No hablemos de él! ¡No quisiera  
ni que existiese!

FERNANDO

*Dulce, triste*

¿Por qué?

JUANILLA

*Idem*

De Javier, nada! De usted,  
Don Fernando, lo que quiera.  
¡Para usted, por usted, todo  
lo que diga, si aún merezco  
que me aconseje! De modo  
que usted manda y yo obedezco.  
No piense en mí, para hablar;  
me perdona, me castiga,  
me hace sufrir y llorar,  
y yo, amén: lo que usted diga.  
¿Aquí, a su lado? A su lado.  
¿Lejos?... Donde mande usted.  
¿Me quiere usted?... ¡Le querré!  
¿Dice, a olvidarme?... ¡Olvidado!

La dulzura, la ternura,  
la devoción que he tenido  
de usted, eso es cuenta; eso dura  
más que una vida; el olvido  
no puede con ello... ¡Haré  
lo que mande, sin dolor!  
Y aunque sufriera, mejor;  
¡sufiría por usted!...

FERNANDO

*Con sarcasmo triste*

Menos mal... Pues, gracias, alma;  
se acabaron los enojos,  
¿ves tú? Ya te oigo con calma;  
¡tu sacrificio! La palma  
que han de llevar mis despojos.

JUANILLA

*Sincera*

¡Si no es sacrificio!

FERNANDO

El beso  
que, en la boca del que muere,  
como no prende, no hiere;  
más; la compasión... ¡hasta eso!

*Resaca*



Pero, tú, ¿quién imaginas  
que es Don Fernando? ¿El pelele  
o el hombre? A un hombre le duele  
que le claven con espinas  
el corazón; pero, al dar  
con quien, viéndole llorar,  
le brinda su compasión,  
sabe ser hombre: ¡pisar,  
con sus pies, su corazón!

*Vuelto a ella, que llora*

Para olvidarme, ¿qué más  
te es necesario? ¿Saber  
que te idolatra Javier?  
¡Pues, como hay Dios, lo sabrás!  
Y si le cuesta la vida  
decirlo... ¡mejor! ¡Saldada  
la cuenta; y tú, convencida  
de que no muere «por nada»!

*Pausa: volviendo poco a poco a la ternura,  
ante el dolor sincero de* JUANIELA.

Ya que no amores, dolores...  
¡Pecho hay, aquí, para todo!  
Sufrir por ti, es otro modo  
de quererte... y no me llores,  
porque yo no he de poder,  
pobre de mí, contener  
tus lágrimas...

*Está procurando consolar a JUANILLA, solícito, cuando JAVIER, que acaba de llegar por el fondo izquierda, sin poder contenerse, grita:*

JAVIER

¡Don Fernando!

*FERNANDO y JUANILLA se separan. Se vuelven y le ven.*

FERNANDO

*Al oírle*

¿Quién?—

*Volviéndose*

¿Gritarme a mí? ¡Tú! ¿Cuándo?

Pasa... ¡y hablemos, Javier!

*JAVIER adelanta unos pasos. JUANILLA va a interponerse entre los dos hombres.*

JUANILLA

¡No!

FERNANDO

*Apartándola con energía y suavidad*

¡Deja estar!

*A JAVIER, natura*

Imagina  
que reñimos... ¡las mujeres!

No... Porque... ¿tú no le quieres,  
verdad?...

*Llega por la derecha, primer término, REFUGIO, alarmada, acaso, por los gritos de antes.*

REFUGIO

A JUANILLA

¿Qué pasa?..

JUANILLA

*Abrazándose a ella*

¡Madrina!

*To lo rapidísimo. Abraza-las, en un grupo, asisten las dos a la escena. Ni FERNANDO ni JAVIER han dejado de mirarse, como retándose, este breve lapso.*

FERNANDO

¡Dilo, hombre!—

JAVIER

*Resuelto a todo*

¡Sí, Don Fernando!

FERNANDO

*Sin pestañear, vuelto a JUANILLA, naturalísimo.*

¿Oyes?—

JAVIER

*Que avanza aún*

¡Y usted lo sabía  
también, que yo la quería!  
¡Y se gozó, maltratando,  
no a Javier, al mozo, en mí!  
¿Dije yo, una vez siquiera,  
«mal hecho»? ¡Jamás! ¿Quién era  
para eso, Herrilla, aquí?—

FERNANDO

*Igual juego que antes; a JUANILLA*

¿Comprendes? El te quería,  
pero, sólo, en su rincón,  
pensando que yo me hacía  
mi parte, la del león,  
padeció muerte y pasión...

*Otra voz, a JAVIER*

—Sigue, si hay más todavía.

JAVIER

*Exaltándose, por los que cree sarcasmos de  
su dueño.*

Pude ayer, hecho pedazos  
su corazón, recoger  
mi parte...

*Por un gesto de DON FERNANDO*

—Juanilla, a ver,  
¿no dijo usted que «en mis brazos»?  
¡Pero, así, no!... ¡así, forzada,  
de rechazo y despechada,  
sin voluntad, ¡no era mía!  
¡Por nada, entonces, por nada!—

FERNANDO

Mal hecho— Si ella ofrecía...

JAVIER

*Mayor exaltación*

¡Si yo la adoraba!

FERNANDO

*El juego de antes; a JUANILLA*

—¿Ves?

JAVIER

*Sin casi interrumpirse*

¿Su cómplice, en la venganza?...  
¿Perder su estima, y después  
arrodillarme a sus pies,  
mendingado una esperanza?  
¡Yo, no! Yo, en mi sitio, quieto;  
mi puño contra mi herida,

¡y hasta obligarla, el respeto!  
y en todo caso ¡la vida!

FERNANDO

*Contagiado, a su pesar, de la sinceridad del  
mozo, escapándosele el corazón.*

¡Sí, muchacho! ¡Así!

*Transición instantánea*

No obstante,  
me extraña... ¿Qué te ha pasado  
que hoy ya no callas, delante  
de ella, ni de mí..? ¿Has cambiado?

JAVIER

*A quien, en realidad, es el propio DON FER-  
NANDO quien le arranca su declaración.*

¡Sí!... Toda la noche, oyendo  
su voz de que ayer quedé  
transido; anhelar sufriendo,  
¡para que, al entrar, me dé  
la injuria en la cara, viendo,  
que llora y la calma usted!  
¡Pues, basta ya de callar!  
¡Mía, porque ya no espero!

¡Mía, porque ha de pagar  
la hiel que me hizo tragar,  
y mía, porque la quiero!  
¡Sí, Don Fernando! Y ya sé  
que aquí he comido su pan...  
No importa.— Falto a mi fe,  
falto a Dios, le falta a usted  
¡pero me puede mi afán!

*Fuera de razón, intenta acercarse a JUANI-  
LLA: se interpone DON FERNANDO.*

FERNANDO

¡Vas a atreverte...!

JAVIER

¡Llorando!

¡Pero me atrevo!—

FERNANDO

¿Hasta cuándo  
va a durar el desafuero?

JAVIER

¡Máteme usted, Don Fernando!  
pero, es inútil... ¡la quiero!

FERNANDO

Pues, ¡sea! ¡Tú, contra mí!

JAVIER

*Ciego, abalanzándose*

¡Sí!

JUANILLA

*Interponiéndose*

¡No, Javier!...

FERNANDO

*Grave, dueño de la situación, le contiene, diciéndole:*

¡Loco! Atrás.

*Y vuelto a JUANILLA*

—Yo no te quise jamás  
Juanilla.— ¡Se quiere así!  
Ni flores, ni habladuría  
de miel, ni jurar en nombre  
de nada! «La quiero, es mía»,  
¡y eres suya! ¡El mozo, el hombre!

*A JAVIER*



¡Dios te dé tanta amargura  
como a mí, oyéndote!—

*Violento tránsito*

¡No!

¡Ven acá, niño!

*Casi le abraza*

Mi hechura...  
más jóven — ¡pues más que yo!—

*Se aparta de todos. Se aleja a cortos pasos indeciso de lo que ha de hacer, como uno a quien de pronto le faltan todos los caminos. Hay una pausa en que todos, inmóviles, cada uno con su expresión, observan a DON FERNANDO.*

*La pausa es breve. Ahora DON FERNANDO vuelve a encararse con JAVIER, torvo de nuevo.*

FERNANDO

¿Qué más esperas, Javier?  
¿No es bastante despedida  
la que acabamos de hacer?  
¡Pues... vetel!

JAVIER

¿Qué?...

# EDUARDO MARQUINA

---

FERNANDO

*Transición, señalando a JUANILLA*

Y... tu mujer  
te dirá lo que decida.

*Va a apartarse: JAVIER le besa la mano.  
DON FERNANDO no le mira. JAVIER sale  
por el fondo. FERNANDO queda inmóvil.*

JUANILLA

*Como un eco, a las últimas palabras de DON  
FERNANDO. Conmóvida.*

¡No!... Yo, no...

FERNANDO

*Rápido: a REFUGIO*

Refugio, ve,  
dile a Juanilla que está  
sin culpa... Y que ella no fué...

*Pausa*

El amor es y será,  
duro, imperioso, egoísta,  
fatal... y cruel... ¡Mejor!  
Así lleva, en cada arista,

razones, conqué resista  
sus desaires, el dolor  
de quien lo pierde de vista. .

REFUGIO

*Compasiva*

¡Fernando!...

FERNANDO

*Que parece ir envejeciendo en cada minuto*

Y, por caridad  
dejadme...

*Sonríe, al irse a desplomar en un sillón*

¡Si, en realidad,  
nada ha pasado!—Una silla  
que era un estorbo a mi edad,  
y a quien dejo en libertad  
de servir...

*Iba diciendo e iba su mano acariciando la  
silla de JUANILLA como si tuviese vida. La  
toma con devoción. La aparta lejos. Se de-  
ja caer, como en ruina. JUANILLA, todavía  
tensos los brazos, queriendo acercarsele. REFU-  
GIO, obligándola, la hace salir por la de-  
recha.*

REFUGIO

Anda, Juanilla—

*Gran pausa. Solos en escena REFUGIO y DON  
FERNANDO. REFUGIO se le acerca.*

FERNANDO

*Amparándose en ella*

¡Qué dura, hermana, la vida!...  
—Y ahora, ¿qué?

REFUGIO

Pues que ahora empiezas  
a vivir, sin telarañas  
en los ojos... Lo que sea  
tu vida, lo que verás  
a la luz de tu conciencia...

FERNANDO

*Llorando casi: un poco el hijo y su hermana  
un poco la madre.*

¡Refugio!...

REFUGIO

¡A valiente cosa  
llaman un hombre, en la tierra!

¡Menos que un niño, a quien hacen  
 arrumacos y ternezas,  
 cuando le da por no andar,  
 para que ande y obedezca!  
 —Tú, mirate en mí...

FERNANDO

Refugio...

REFUGIO

Monda, bronca y sola y vieja  
 los desastres de un naufragio,  
 los escarpes de una peña  
 y, a mi sombra, otras se abrigan;  
 y a mi edad, encina negra,  
 puedo aún llevar tantos nidos  
 como en mi regazo quepan...  
 Y me río más que tú  
 ¡que ojalá Dios te rieras  
 con mis ganas! Y trabajo  
 que el trabajo espanta penas...  
 Y dí la vuelta a mis años  
 y he sido feliz—¿te enteras?  
 sin un amor en mi vida,  
 queriendo, aunque no me quieran...  
 Deja estar... Tú verás... hijo...  
 La flor, el beso, la reja,

y el compadre que te ayuda  
y la pájara que cela  
mentiras, embustes, coplas,  
trapisondas, francachelas,  
todo eso que, alrededor  
de una cosa, bulle y sesga,  
y hasta el amor, el amor  
en grande, para que veas,  
se acaba... ¡y la vida sigue!  
Te deja todo, o lo dejas,  
¡y vives!—¡la vida es más  
que establo para las bestias!

FERNANDO

¿Qué puedo esperar?

REFUGIO

¡No digo  
si aún es grande lo que queda!...  
Dile al Sol que no se ponga,  
verás lo que te contesta!...  
...¡Y arriba los corazones!  
¡Y a ser hombre! ¡Estamos!... ¡Ellas!

*En efecto, regresan por la cancela hija y madre. Aunque DON FERNANDO procura reaccionar, el desplome fué tal que logra poco.*

ROSINA

*A su madre, como si vinieran hablando de él, desde la cancela, contenta.*

¡Mírale!...

*Hija y madre se acercan. ADELAIDA, adivinando que algo le pasa a OLIVAR.*

ADELAIDA

¿Fernando?

FERNANDO

¿Qué?

ADELAIDA

*Con inquietud*

...Nada que, al verte, creía...

ROSINA

*Idem*

¿No estás malo?

FERNANDO

No, hija mía...

ADELAIDA

*A REFUGIO*

¿Se ha disgustado?...

REFUGIO

No sé.

ROSINA

*Acariciándole, adivinando tal vez*

¿Sufres?—

FERNANDO

*Que, al verla, recuerda*

Un poco, chiquilla—

ROSINA

¿Un disgusto?...

FERNANDO

Una espinilla.

*Acude ADELAIDA, a quien principalmente se dirige FERNANDO, como refiriéndose a la conversación que antes tuvieron.*

Que le hablé y... ¡cómo ha de ser!  
que parece que Javier  
se casará...

*Le cuesta acabar la frase y se detiene*

ROSINA

*Acabando la frase*

Con Juanilla...

*Rompe en un sollocito involuntario*



# L A V I D A E S M A S

---

FERNANDO

Precisamente: No hay más.

*Y ahora todos miran a ROSINA*

ADELAIDA

Déjales... Calma, hija mía...

ROSINA

Pero... si lo sabía...

FERNANDO

Y ahora... tú... nos dejarás...

ROSINA

¿Por qué?...

*Inefable*

Si en busca salí  
de Dios, y ya le he encontrado,  
lo mismo le tengo, al lado  
vuestro, que lejos de aquí.  
Conque, ahora que me figuro  
que eso quieres... No me voy.

*Y empieza a desceñirse sus tocas*

FERNANDO

¿Serás feliz?

ROSINA

Ya lo soy...

Dios me oye—¡y yo te lo juro!

FERNANDO

Adelaida... ¡Sin llorar!

¡Así! ¡Aún me queda que hacer,

si tengo que agradecer,

y tengo que consolar.

¡Vivir, para los demás

y para mí, en paz cristiana!

*A REFUGIO*

—Tenías razón, hermana—

*A ROSINA*

¡Ven tu acá!

*Abrázala*

¡La vida es más!

TELON

## APÉNDICE

*La vida es más* se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 7 de Abril de 1928, por la Compañía que dirige don Emilio Thuillier, con el siguiente

## REPARTO

JUANILLA.....	20	años	Hortensia Gelabert
ADELAIDA.....	40	»	Concha Catalá.
TITA REFUGIO.....	55	»	Leocadia Alba
ROSINA.....	18	»	Esperanza Ortiz.
JUSTINA.....	—		Raquel Martínez.
DON FERNANDO DE OLIVAR.	50	»	Emilio Thuillier
JAVIER.....	25	»	Sr. Soler Marí.
DON SABINO.....	55	»	Sr. Isbert.

# FE DE ERRATAS

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
13	20	os Ejercicios	los Ejercicios
64	12	zaherime	zaherirme
97	20	después esto	despues de esto
112	1	de sol	del sol
213	3	viva	vive
216	2	rincón.	rincón,
222	7	Rosina	Justina
227	10	domimarse	dominarse
245	20	mendingado	mendigando
257	7	si lo sabía	si yo lo sabía

En la página 102, desde la réplica de D. Fernando: —*Nada: me quedo*, debe decir así:

JAVIER

—Pero...

DON FERNANDO

—¿No estoy en mi casa?

JAVIER

—Sí, señor...

DON FERNANDO

— ¿No puedo hacer, etc., etc.

En la página 173 y antes de la réplica: *Todos se reiran de mi*: hay que añadir el nombre del personaje, JUANILLA, que falta.





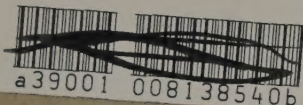








862.59 M35I



a39001 008138540b

72333

